breve historia del universalismo



reaxionario

BREVE HISTORIA DEL UNIVERSALISMO

@reaxionario

I will not cease from Mental Fight,
Nor shall my Sword sleep in my hand:
Till we have built Jerusalem,
In Englands green & pleasant Land.

WILLIAM BLAKE

CONTENIDO

PREFACIO

Luego de muchos intentos a lo largo de aproximadamente un año, y después de dar mil vueltas en mi cabeza, la idea de este libro fue de a poco tomando forma. Los lectores de Unqualified Reservations[1] se sentirán inmediatamente como en casa, y espero que reciban el presente trabajo, que intenta expandir y desarrollar sobre lo ya escrito por otros autores, como una válida adición a su biblioteca contrailuminista. En cuanto al resto, es mi deseo que les sea útil, entre otras cosas, como una introducción en castellano al pensamiento histórico de Mencius Moldbug. Sobre todo, me gustaría que cada uno de ustedes se lleve algo valioso de estas páginas – y disfrute leyéndolas tanto como yo he disfrutado escribirlas.

Muchas personas me ayudaron a hacer realidad este proyecto y me resultaría difícil nombrarlas a todas, pero sí quiero destacar a mi esposa por bancarme; a Cecilia (@Lady_Astor) por ser mi mentora y alguien a quien le debo tanto; a mis suscriptores de Patreon por confiar en mí; a quienes me leen en Wordpress y me escuchan en STQD; a mis amigos de Twitter por enseñarme algo todos los días; y, por último pero no menos importante, a Curtis Yarvin por su invaluable aporte intelectual, sin el cual este libro jamás habría sido posible.

Además, agradezco a Gio Pennacchietti (@giantgio) por el hermoso arte de tapa.

INTRODUCCIÓN

John Lennon fue el predicador cristiano más importante del Siglo XX, e *Imagine* un himno cristiano que recorrió el mundo llevando las buenas nuevas del universalismo como quizás ningún otro antes o después. Ahora bien, decir esto es decir muchas cosas, y va más allá de ser una simple provocación. Sé que algunas personas objetarán las anteriores afirmaciones, por lo que cabe hacer una aclaración preliminar.

Por un lado, decir que el cristianismo es aquel y sólo aquel cual uno adhiere me parece insatisfactorio y ni siquiera digno de análisis. Está claro que hay miles de cristianismos y es imposible saber cuál es el verdadero, si es que existe; y, si efectivamente existe, pocas son las chances de que sea justo el que uno profesa, aunque uno deba necesariamente persuadirse de lo contrario.

Por el otro, aceptar que existen diversos cristianismos pero excluir a cierto número de ellos, por el motivo que sea, implica conocer los límites de la teología. Hay que saber exactamente dónde termina lo cristiano y empieza lo otro, cosa que me parece poco probable. Creo que, encarado de esa manera, el problema se torna irresoluble.

Nadie controla a la teología como para determinar sus incontables potenciales ramificaciones; nadie es capaz de juzgarla una vez escrita porque no hay estándares lo suficientemente claros como para establecer comparaciones válidas, especialmente pasado cierto punto de complejidad. Como Dios no habla, todo en última instancia recae en la interpretación o "revelación"; todo queda a juicio de instituciones, autoridades o hasta individuos comunes y corrientes – cada uno de ellos con intereses políticos concretos.

A lo largo de este libro, por lo tanto, tomaremos un camino diferente. Siguiendo los pasos de Mencius Moldbug y su teoría del universalismo, veremos que a lo largo de la historia del pensamiento anglosajón moderno persiste una teología subyacente que, aún sujeta a modificaciones más o menos superficiales, actúa como una especie de hilo conductor lo suficientemente claro como para poder ser identificado a través de los siglos.

Veremos que, una y otra vez, la misma teología emerge de las profundidades del inconsciente, manifestándose a través de sus fieles, que no dejan de intentar construir un mundo que sea su fiel reflejo.

Cuando Lennon cantaba su canción más famosa, estaba predicando; pero no estaba predicando algo que se le ocurrió de la nada. Hacía alusión, quizás sin saberlo, a toda una escuela teológica cuyas ideas, antes de encarnar en su súper hit de música pop, habían estado tomando forma en la mente de otros teólogos cristianos durante los siglos previos. Cuando te pide que imagines que no hay Cielo ni Infierno, está hablando de deshacerse del dogma y la ortodoxia, que son los grandes enemigos del universalismo, cuya teología es ampliamente inclusiva y radicalmente igualitaria. Sostiene que nadie puede ponerle límites a Dios, que ama y tiene una relación personal con todos los hombres sin importar su credo, su raza, su clase social, su sexo, o su orientación sexual; al punto de llegar a su máxima expresión en Robert Burns, quien en uno de sus poemas espera que hasta el Diablo alcance la salvación.

Luego, cuando Lennon habla de la Hermandad del Hombre (de imaginar a todas las personas compartiendo un mundo sin países y sin nada por lo cual morir o matar) estaba repitiendo lo ya dicho, por citar sólo un ejemplo entre miles, por Benjamin Franklin Trueblood; quien, en *The Federation of the World*, aseguraba que el nacionalismo, mezquino y egoísta, era la causa de todas las guerras. Para él, había una sola raza – la raza humana. De hecho, en imaginarse un mundo de democracia y libre comercio, expresaba lo que luego los progresistas norteamericanos intentarían hacer realidad a partir de la Primera Guerra Mundial: terminar con los conflictos entre naciones de una vez por todas a través de la creación de una Federación del Mundo o Liga de las Naciones.

Trueblood, a su vez, tomó la idea del poema Locksley Hall, de Alfred Tennyson:

> "Till the war-drum throbb'd no longer, and the battle-flags were furl'd
>
> In the Parliament of man, the Federation of the world.
>
> There the common sense of most shall hold a fretful realm in awe,
>
> And the kindly earth shall slumber, lapt in universal law."

Y, si vamos todavía más atrás, llegamos a los orígenes mismos del cristianismo, y su eterno deseo de crear un imperio global unido por la fe y regido por una ley moral universal interpretada, defendida y promovida por una única institución, establecida ya sea en Roma o en Washington DC.

Por otra parte cuando hablaba de no tener posesiones, de compartir, de terminar con el hambre y la avaricia, estaba expresando una idea que data de los orígenes mismos del cristianismo, y que está escrita en pasajes bíblicos como Hechos 4:32: “Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común”. Una idea que, como veremos, fue tomada entre otros por los Diggers en Inglaterra durante el Siglo XVII; y que se desarrolló hasta convertirse en el socialismo moderno. No debería ser controversial decir que Marx fue el teólogo más importante de los últimos dos siglos.

Imagine es una prédica cuyo fin es la diseminación del evangelio, y cuyo “I hope some day you’ll join us” es una invitación a formar parte de una iglesia – una iglesia global, humana, amplia y heterodoxa que atravesó varias depuraciones desde sus orígenes en el calvinismo hasta convertirse en la Ideología de los Derechos Humanos, que es la culminación del ecumenismo.

Lo que Lennon hizo, sobre todo, fue expresar en una canción el pensamiento de la élite gobernante supranacional, concretado en la iglesia global de las Naciones Unidas, centro neurálgico de una fe universalista que es la religión de todas las personas importantes: desde el Papa pasando por Bono, Soros y George Clooney hasta Michio Kaku; y de allí hacia abajo periodistas, académicos, empresarios, empleados públicos e individuos particulares que, por motivos profesionales, ideológicos y hasta sentimentales, comparten una visión general del mundo y trabajan para concretarla.

¿Cómo es ese mundo “ideal” que buscan construir? ¿De dónde sale todo eso de la inclusión, la diversidad, y la tolerancia? ¿Qué tiene que ver todo esto con el calvinismo y sobre todo qué tiene que ver con Obama o Stalin? A lo largo de este libro, veremos el nacimiento y desarrollo de esta teología en su proceso de conquista de Inglaterra, los Estados Unidos y posteriormente nuestras propias naciones y casi el mundo entero; en un intento por entender no sólo a quienes nos gobiernan, sino un poco también a nosotros mismos y las ideas que, sin que nos percatemos, influyen en nuestra visión de la

realidad.

BEHEMOTH

Nuestra historia comienza con la asunción de James I en 1603. Para ese entonces había estado creciendo durante bastante tiempo la tensión entre dos minorías titánicas, una de las cuales había empezado a tomar forma en silencio durante el reinado de Elizabeth, mientras que la otra buscaba marchar hacia el poder absoluto; dos facciones con intereses contrapuestos que eventualmente se enfrentaron en la Guerra Civil Inglesa.

Por un lado, la mayoría de los nobles y los grandes terratenientes, que eran nobles en todo menos en nombre. Con ellos, sus dependientes, la mayoría de la Iglesia Anglicana, las dos principales universidades, los artistas y todos aquellos que estaban a favor de una forma episcopal o "aristocrática" de organización eclesiástica. Un poco más atrás y con prudencia estaban los católicos, aunque más por aversión al puritanismo que por simpatía hacia la religión oficial, ya que su fidelidad siempre estuvo puesta en Roma. Durante la guerra adoptaron el nombre de Cavaliers, aunque más adelante pasaron a ser conocidos como Tories. Entre la disputa de poder entre el rey y el Parlamento que marcaría la época, se inclinaban hacia el primero con diferentes grados de intensidad, siendo los más reaccionarios aquellos que adherían a la doctrina del Derecho Divino de los Reyes y preferían una monarquía absoluta; mientras que la mayoría quería, según Hobbes, una "mixarquía"[2]: una monarquía ayudada por el Parlamento. Los nobles veían con mucho recelo la expansión irrestricta del poder monárquico, porque naturalmente implicaba una amenaza a sus propios privilegios.

En la otra vereda, los pequeños propietarios rurales junto con los comerciantes y vendedores urbanos, encabezados por una fuerte minoría aristocrática y acompañados por los sectores calvinistas del protestantismo, conocidos como Puritans, Nonconformists o Dissenters, quienes favorecían una organización presbiteriana o "democrática" de la iglesia, y aborrecían en mayor o menor medida el rumbo jerárquico y casi romano que estaba tomando la Church of England. Contaban además con el apoyo de las corporaciones municipales, de oportunistas y especuladores, y de una gran porción de la House of Commons y algunos Lords. Sus preferencias iban desde una monarquía sometida al Parlamento hasta una república, aunque

sectas como los Diggers y los Levellers, con sus ideas de igualdad y abolición de la propiedad privada, iban todavía más lejos. En la guerra se llamaron Roundheads, y más tarde Whigs.[3]

¿Quién tiene la última palabra en los asuntos de estado – la corona o el Parlamento? Esa era la cuestión. James suscribía a la doctrina del Derecho Divino, y tomaba cualquier intento de limitar sus prerrogativas reales como un insulto personal. De hecho, habría prescindido del Parlamento de haber podido, y sólo lo soportó porque ya estaba allí cuando él llegó; aunque había otro motivo. El Parlamento votaba los derechos arancelarios de cada rey una única vez al principio de su reinado; con eso, más las tierras de la corona, debía solventar sus propios gastos hasta su muerte exceptuando alguna emergencia. James, gracias a la poca frugalidad de su corte, se vio obligado a pedir dinero en reiteradas ocasiones a través de sucesivos parlamentos[4], dándoles a sus miembros varias oportunidades de organizarse en su contra. Como esto tampoco le alcanzaba, revivió una vieja ley que le permitía agregar otro impuesto a las importaciones, para gran disgusto de los Commons, que la consideraban una medida abusiva. La tirantez entre ambas partes empezaba a sentirse.

En cuanto a la religión, James era hostil hacia los puritanos. Como dice Churchill, se dio cuenta de que el calvinismo y la monarquía chocarían tarde o temprano, y de que, si la gente podía decidir por sí misma sobre la religión, luego también podría decidir por sí misma sobre la política[5]. Como acertadamente solía decir, sin obispo no hay rey. Muchos puritanos se exiliaron en Leyden (Holanda), y en 1620 el primer grupo partió hacia América a bordo del Mayflower en busca de libertad religiosa y política. John Winthrop, primer gobernador de la Colonia de la Bahía de Massachusetts y autor del panfleto *City upon a hill*, que contiene el embrión de la doctrina americana del Destino Manifiesto, emigró en 1630. Lejos de la autoridad real, creció de a poco entre los colonos un espíritu independentista. Ya en 1635 se habían preparado para recibir armados un posible intento del rey por poner orden en una colonia que se estaba volviendo ingobernable, pero la guerra civil forzó un cambio de planes.

En 1625 James murió, y su hijo Charles, ahora Charles I, heredó la crisis de poder que pesaba sobre el reino, agravada por una serie de fracasos en el extranjero. De un lado el rey y del otro el Parlamento: ambos tenían sus teorías de gobierno, y ambos las sostenían con una convicción indestructible. La colisión era inevitable. El Parlamento concedió los fondos para una nueva

guerra con España, pero también, por primera vez en muchos reinos y en un claro gesto de provocación, decidió votar los derechos arancelarios del rey sólo por un año. Los Commons, además, exigieron el *impeachment* del duque de Buckingham a causa de sus fallidas campañas militares. Para protegerlo, Charles disolvió el Parlamento.

Para empeorar las cosas, a Buckingham también le fue mal asistiendo a los hugonotes en La Rochelle. Charles necesitaba la financiación del Parlamento, pero a la vez temía por su amigo. Como su padre, buscó recaudar de otras maneras. Exigió un préstamo, y mandó a prisión a quienes se negaron a otorgárselo; y más temprano que tarde se vio obligado a convocar a otro Parlamento. Esta vez, antes de concederle un centavo, los miembros pusieron condiciones: The Petition of Right, una serie de garantías en contra de arrestos arbitrarios y un paso importante en la disputa por el poder, porque buscaba quitarle a la corona la facultad de arrestar a quienes considerara una amenaza para el orden. Charles no tuvo más opción que aceptar. Con el dinero en el bolsillo, pensaba enviar a Buckingham en una segunda expedición a Francia para limpiar su imagen, pero el duque fue asesinado antes de embarcar por John Felton, un teniente del ejército enardecido por la propaganda sediciosa de los puritanos.

Ahora bien, a pesar de que el Parlamento había votado el *tonnage and poundage* sólo por un año, Charles siguió recolectando impuestos como sus predecesores, arrestando a quienes se negaran a pagar. Por eso, y por un nuevo fracaso en La Rochelle, en el Parlamento de 1629 las quejas estallaron. Los Commons declararon a través de un documento que cualquiera que recolectara o pagara impuestos no aprobados por el Parlamento era un enemigo público, así como quienes impulsaran el Arminianismo o el Papismo en materia de religión. Los parlamentaristas habían encontrado en el calvinismo un fuertísimo aglutinante: los impulsaba no sólo el interés económico, sino también el fanatismo religioso. Ante esto, Charles disolvió el Parlamento una vez más, dando inicio a su período de gobierno personal.

Lo primero que hizo para gobernar sin el Parlamento fue firmar la paz con Francia y España. Luego se ganó el favor de un importante líder parlamentarista: Thomas Wentworth, quien pagaría cara la traición más adelante. Por último, necesitaba dinero, así que demás de mantener los gastos al mínimo, utilizó cuanto recurso tuvo a mano para recaudar. Durante este período el reino estuvo en paz como pocas veces antes. De hecho, todo estuvo tan tranquilo que los parlamentaristas, llenos de rabia, tuvieron que

hacer un esfuerzo enorme para levantar a la nación en contra del rey por medio de predicadores y demagogos (*seducers* según Hobbes), en una típica maniobra puritana de enardecimiento social que veremos mucho a lo largo de este libro.

Sucede que en 1635, Charles comenzó a recaudar algo llamado Ship Money, un impuesto para mantener la Flota que por costumbre sólo se cobraba a las poblaciones costeras, pero que esta vez se levantó en todo el reino, lo cual estaba permitido. Después de todo, la Flota protegía a *todos* los ingleses. John Hampden, un *gentleman*, se negó a pagarlo y fue arrestado. Este emblemático caso fue usado por la oposición para irritar a los ingleses en contra del rey tirano; aunque su principal recurso fue la explotación del conflicto religioso para, según Churchill, despertar a Inglaterra de su apatía. Si la elección de términos les resulta interesante, bueno, a mí también: es whiggismo puro de parte de Churchill. Para los Whigs, la tranquilidad y la estabilidad constituyen la calma del despotismo, principalmente cuando no son ellos los que gobiernan.

Ahora bien, la miopía de la corona tampoco ayudó demasiado. William Laud, el Arzobispo de Canterbury, enemigo tanto de Roma como de Génova, buscaba "anglicanizar" todo el reino. Se ganó la enemistad de los puritanos y los parlamentaristas, pero todo explotó cuando ordenó imponerles el Book of Common Prayer a los escoceses; quienes, fieles a su presbiterianismo, de espíritu independiente, y enemigos mortales del episcopalismo, se sublevaron. Charles intentó apaciguarlos, pero todo se le fue de las manos. Mal aconsejado por Wentworth, que creía poder manejar a los Commons, decidió poner fin a su Gobierno Personal y convocar al Parlamento para levantar un ejército y aplastar la rebelión. Charles confiaba en apelar al patriotismo de los parlamentaristas; confiaba en que le darían los fondos, pero se equivocó. Los miembros habían estado acumulando rencor y esperando su oportunidad durante una década, y se hicieron oír a través de su líder, John Pym. Según decían, temían que Strafford[6] usara al ejército para transformar a Charles en un monarca absoluto, emulando lo hecho por el Cardenal Richelieu con Luis XIV[7]. Charles se negó a escucharlos y disolvió el Parlamento, conocido como Short Parliament por su brevedad.

Decidió encargarse él mismo de aplastar la insubordinación, pero los escoceses no sólo resistieron sino que avanzaron y ocuparon parte del territorio inglés, lo cual fue celebrado por el partido parlamentarlista. Incapaz de derrotarlos, se vio obligado a convocar a otro Parlamento en 1640; uno

que ya no podría disolver. Este se conoce como Long Parliament, y estaba cargado de furia. Se elevó una petición a la House of Commons para terminar con el episcopado, pero otro sector propuso en su lugar limitar el poder de los obispos a lo estrictamente espiritual. La cuestión se pospuso: primero había que ocuparse de terminar con la tiranía de Charles.

Laud fue procesado y enviado a la Torre, y otros ministros del rey también fueron castigados; pero los Commons pidieron sobre todo la cabeza de Strafford. Lo querían acusar de traición a toda costa, aunque no tenían pruebas. Durante el juicio, todo indicaba que sería hallado inocente. Sin embargo, los puritanos lograron obtener evidencia supuestamente incriminatoria. Un joven entregado a la causa parlamentarista robó una carta del despacho de su padre, un asesor del rey; una carta a través de la cual "interpretaron" que de alguna forma Strafford pensaba usar su ejército en Irlanda para someter a Inglaterra. Tampoco funcionó. Los Commons, enfurecidos, se retiraron y encerraron en la capilla de Saint Stephen a planear su siguiente jugada. Decidieron saltearse el juicio y declararlo culpable a través de una ley que impulsaron usando la presión de la turba londinense; los mismos que poco tiempo antes habían protestado contra los arrestos arbitrarios de la corona. Esta hipocresía es lo que durante la Revolución Americana Charles Stedman llamaría "puritanical duplicity"[8]. Tal cual lo describiría Peter Oliver en *Origin and Progress of the American Rebellion*, los puritanos predican la Palabra de Dios mientras esconden una daga bajo la manga. La Bill of Attainder se aprobó. Strafford pidió clemencia, pero los Commons querían su venganza. Charles intentó salvarlo por todos los medios a su alcance, pero falló; muy a su pesar, en un momento de extrema debilidad, puso la firma. Aprobó también una serie de leyes que atentaban contra sus propias prerrogativas; especialmente aquella que dictaba que el Long Parliament no podría ser disuelto sin el consentimiento de sus miembros. Además, buscó la paz con los escoceses, a quienes les concedió el establecimiento del presbiterianismo en toda Escocia.

El rey y su entorno habían optado por el apaciguamiento, que por supuesto no funcionó. A cada concesión le seguía otra demanda, y la relación entre ambas partes empeoró todavía más. Luego de que Charles intentara sin éxito arrestar a John Pym y a otros líderes parlamentaristas, los londinenses, sugestionados por el discurso sedicioso, se enfurecieron, obligando al rey a huir. Mientras ambos bandos se preparaban para la guerra, el Parlamento presentó las Nineteen Propositions, según las cuales Charles debía entregar

todo control de la Iglesia y el Estado al Parlamento, el “verdadero” representante del pueblo – un pretexto del cual hicieron uso y abuso para cometer excesos bastante peores que aquellos que antes habían denunciado con tanto fervor.

Cavaliers y Roundheads finalmente chocaron: dos clases con intereses económicos enfrentados; dos visiones de gobierno; dos formas de organización eclesiástica; dos metafísicas, arminianismo contra calvinismo. Bien lo dice Churchill: detrás de la política y la clase la fuerza impulsora era la religión.

En un principio los Cavaliers, mejor preparados, torcieron la guerra a su favor. Ganaron en Edgehill y en Newbury. Pero los Roundheads, financiados por Londres, compensaban con entusiasmo y recursos lo que les faltaba en entrenamiento. La batalla de Marston Moor fue para ellos, así como la de Naseby, que determinó el resultado de la guerra. Charles fue tomado prisionero, entregado al Parlamento por los escoceses, a quienes había acudido por ayuda. Por otra parte, hubo un quiebre entre el ejército, comandado por Fairfax, Ireton y Cromwell, y el Parlamento. No sólo no les habían pagado lo acordado, sino que, siendo independentistas fanáticos en lo religioso, eran enemigos tanto del presbiterianismo como del episcopalismo. El Parlamento ordenó desbandarlos pero no tuvo éxito; tenían sus demandas y prometieron no separarse hasta que fueran satisfechas.

Los generales se acercaron a Charles, pero los soldados, calvinistas recalcitrantes, no estaban de acuerdo. Se desató un debate dentro del ejército, durante el cual se oyeron ideas de lo más radicales: ningún hombre está atado a un sistema de gobierno al cual no haya consentido previamente; el pobre y el rico tienen los mismos derechos; y hasta se puso sobre la mesa la legitimidad de la propiedad privada. Cromwell, que sabía que tales pensamientos llevarían a la anarquía, se apuró a disciplinar a los oradores. Sabía además que, aun debidamente indemnizados, los soldados no pactarían con el rey. Ideas de independentismo, republicanismo, y hasta socialismo y comunismo hervían entre las tropas; una mezcla de “hot Gospel and cold steel”, en palabras de Churchill. Al final a alianza se truncó: luego de enterarse de que se estaba discutiendo su ejecución entre los guerreros, Charles escapó, se refugió en la Isla de Wight, y pactó con los escoceses una unión entre el presbiterianismo y la corona; cosa extraña, pero la coherencia pasa a un segundo plano en circunstancias tan desesperadas.

Esto dio inicio a la Segunda Guerra Civil. Ahora el rey, junto con muchos

de aquellos que antes habían estado en contra del rey, iban contra el ejército de Cromwell, una bestia que ahora tenía vida propia y al que todos veían como una amenaza contra la "libertad inglesa". Para 1648 todo estaba terminado. Las fuerzas realistas fueron aplastadas: Cromwell se convirtió en dictador y el Parlamento, padre de la criatura, fue purgado de opositores y transformado en su herramienta (Pride's Purge). La revolución se comió a sus creadores. El gobierno quedó en manos de un Council of State elegido anualmente por este nuevo Rump Parliament. Pasada la tempestad, había que poner orden y acallar a las facciones radicales que suelen orbitar toda revolución; grupos de disidentes que primero son usados para luego ser duramente reprimidos una vez cumplida su función. El gobierno los veía como peligrosos y subversivos. Los *Diggers*, por ejemplo, creían en la tierra como tesoro común de toda la humanidad, y Cromwell era terrateniente. Charles, por su parte, fue sentenciado a muerte y decapitado el 30 de Enero de 1649. Este fragmento del discurso previo a su ejecución resalta, por su profunda sabiduría y *statesmanship*, entre los demás:

> "En cuanto al pueblo, realmente deseo su libertad tanto como cualquiera, pero debo decirles que su libertad consiste en obtener del gobierno aquellas leyes por medio de las cuales sus vidas y sus bienes puedan ser tan suyos como sea posible. No tiene que ver con participar en el gobierno, señores. Eso no les compete. Un sujeto y un soberano son cosas muy diferentes, y por lo tanto mientras no hagan eso, es decir, darle a la gente la libertad a la que yo me refiero, les aseguro que nunca serán felices."

Un profeta, sin lugar a dudas.

LA HORA DE LOS SANTOS

Durante el Interregno, Cromwell se convirtió en una especie de Calvin inglés. Se creía en una especie de misión santa. Hizo una masacre en Irlanda, en parte como retribución a los irlandeses por haber peleado junto a los realistas en la Guerra Civil, y en parte como parte de su cruzada contra la malévola conspiración papal. Mientras tanto, el hijo de Charles se refugiaba en Holanda; una vez más, los escoceses ofrecieron su apoyo a cambio de la instauración del presbiterianismo, algo que al heredero le causaba repulsión, pero que a regañadientes aceptó porque necesitaba un ejército. Enterado del plan, el ejército inglés invadió Escocia, y comenzó otra guerra. Un año después de la masacre de Drogheda, Cromwell salió airoso otra vez, derrotando a los presbiterianos. Poco después, los escoceses invadieron Inglaterra en nombre del rey legítimo Charles II, perdiendo una vez más, y dándole un final definitivo a la Guerra Civil.

Ahora bien, el Parlamento no dudó a la hora de confiscar tierras de familias realistas, un abuso que superó con creces aquellos supuestamente cometidos durante el reinado de los Stuarts, demostrando que a los puritanos se los acusaba de hipócritas por algo; y en un claro ejemplo de que, en lo que respecta a derrocar tiranos, la cura suele ser peor que la enfermedad. Los franceses y los rusos lo aprenderían a su tiempo. Ahora, sin embargo, los miembros del parlamento eran mirados de reojo por Cromwell, que desconfiaba de sus tendencias oligárquicas. Cromwell era de esos dictadores píos que se creen meros instrumentos de la Voluntad de Dios; esos que dicen no querer ser dictadores; esos a quienes no les queda opción porque Dios así lo decidió, y que son más peligrosos que el resto precisamente por su santidad. Necesitaba que lo apoyaran en su misión divina, por lo que echó a los parlamentaristas y los reemplazó por un reducido grupo de puritanos: el Barebone’s Parliament, llamado así por Praise-God Barebone, uno de sus miembros, quien además pertenecía a los Fifth Monarchists, una de las tantas sectas fanáticas que surgieron en ese período.

El “Parliament of Saints”, fiel a su biblicismo, se ocupó de emular el trabajo de Calvin en Génova e intentó construir el Reino de Dios en la tierra. Cromwell, que era un hombre de estado además de un puritano, y viendo que

esta gente estaba loca de remate (y viniendo de él era decir bastante), una vez más intercedió. Se escribió una Constitución y le fue otorgado el título de Lord Protector; pero una vez más el Parlamento, que buscaba evitar un nuevo rey, fue un obstáculo. Cansado, Cromwell lo disolvió y se convirtió en dictador, con la idea de gobernar personalmente, como el tirano Charles en 1629. Las vueltas de la vida.

Dividió a Inglaterra en once distritos, cada uno bajo el mando de un general. Sus funciones eran tres: mantener el orden, recaudar impuestos especiales y hacer que se cumpla la moralidad puritana. Al mismo tiempo, otra guerra con España obligó a Cromwell, como a su predecesor alguna vez, a convocar a otro Parlamento, que, lleno de *levellers*, republicanos y hasta realistas, le resultó incontrolable. Ante esta crisis de poder, le ofrecieron a Cromwell la corona; pero el ejército, compuesto por enemigos acérrimos de la monarquía, no lo permitió. Sin embargo, sí le fue permitido nominar a su sucesor, y finalmente disolvió el Parlamento otra vez, luego de estar convencido de que existía un complot en su contra.

Como en Massachusetts, los puritanos se ocuparon de pelear contra el pecado. Las apuestas estaban prohibidas y el adulterio era penado con la muerte. También le declararon la guerra alcohol, y había multas hasta por maldecir. En Navidad, los soldados inspeccionaban las cocinas y se llevaban la carne de quienes no respetaran el ayuno obligatorio. Aquellos que protestaron contra la tiranía ahora tuvieron que padecer a los elegidos de Dios, como los genoveses un siglo antes[9]. Si James y Charles eran autoritarios por revivir viejos impuestos o abusar de ciertos mecanismos de recaudación dentro de la Common Law, los puritanos creaban su propia ley de acuerdo a su interpretación de las Escrituras.

Oliver Cromwell murió en 1658, y fue sucedido por su hijo Richard, que nunca tuvo autoridad. A la primera oportunidad, el Parlamento intentó transferirse el control del ejército, aunque éste pretendía mantener su independencia. De hecho, el ejército ordenó la disolución del Parlamento y desobedeció hasta al nuevo Protector. Ahora mandaban los soldados. Querían abolir el Protectorado y montar una república, y para eso revivieron al viejo Rump Parliament. Escribieron una Constitución republicana basada en el principio de representación. Pero mientras todo esto sucedía en Londres, un movimiento realista empezaba a crecer en el resto de la nación. En varios pueblos, grupos de Cavaliers se levantaron en armas pero fueron derrotados por el general Lambert, cabeza del ejército y dictador del *commonwealth*.

Pero poco después, ante el descontento generalizado, el general George Monk ocupó Londres y restauró el Parlamento llamando a quienes habían sido expulsados durante la purga.

Se empezaba a planear el retorno de la monarquía, pero con condiciones. Una de ellas era el perdón a quienes habían tomado parte en la ejecución de Charles I, excepto casos puntuales determinados por el Parlamento[10]. No hacía falta más sangre. Luego, había que saldar la deuda con el ejército. Finalmente, no serían restituidas las tierras confiscadas a los realistas, que ya habían sido vendidas a terceros. Se comenzaría de cero a partir del orden actual. *Uti possidetis*. Charles II aceptó los términos y los expresó en su Declaración de Breda; y en 1660 la Restauración era un hecho. Esta vez, sin embargo, el Parlamento tendría la última palabra en los asuntos de gobierno: y eso es lo más importante. Luego de la Rebelión, la Guerra Civil y el "terror" puritano, la victoria fue parlamentaria. Aunque de Restauración se hable, el término viene con asterisco; y si bien todo lo sancionado después de 1642 se derogó, lo anterior fue ratificado.

El primer Parlamento de Charles II, que duró dieciocho años, se conoce como el Cavalier Parliament. A través de una serie de leyes conocidas hoy como Clarendon Code, la inevitable "venganza" contra los puritanos no se demoró. Por un lado, se buscó establecer la supremacía de la Iglesia Anglicana; por el otro, excluir a los Nonconformists o Dissenters del Estado. Lejos de unificarse la nación, se profundizó la división entre las "dos Inglaterras": la conservadora y la radical.

Charles no era demasiado religioso aunque en secreto simpatizase con Roma; era tolerante y quería gobernar en paz. El problema con los calvinistas fue siempre su conducta revoltosa; fuera de eso, el rey no tenía pensado perseguir a nadie. Intentó evitar penas a Dissenters y católicos a través de sus dos Declaraciones de Indulgencia, pero no pudo. Prudente, y acaso queriendo evitar un destino similar al de su padre, se sometió a la voluntad parlamentaria.

Inglaterra se alió con Holanda y Suecia en contra de Francia, lo cual cayó muy bien entre los ingleses, pero la amistad duró poco. Charles comenzó a negociar en secreto con Luis XIV. El rey necesitaba fondos y estaba más que dispuesto a dejarse sobornar para vivir sin tener que pedirle dinero al Parlamento. En el Tratado de Dover, se vendió a los franceses entrando a la guerra en contra de Holanda, para desgracia de la población protestante inglesa. Además, según una cláusula secreta, el rey se convertiría al

catolicismo. Empezó a correr en Inglaterra el rumor de un complot católico, o Popish Plot, encabezado por Francia. Los ojos estaban puestos en James, duque de York y hermano de Charles. Se había casado con la princesa católica María de Modena, y estuvo dispuesto a renunciar a su puesto de Almirante con tal de no negar la Transubstanciación, algo que era requerido por ley a quienes quisieran ocupar un puesto en el gobierno. Como Charles no tenía hijos legítimos y el duque era el único heredero, el trono pasaría a ser ocupado por un católico. Ojo – no un católico "de closet" como Charles, sino uno de verdad. Esta vez anglicanos, presbiterianos y puritanos estaban del mismo lado.

El rumor del Popish Plot, inventado y propagado por el inescrupuloso sacerdote anglicano y excalvinista Titus Oates, cobraba cada vez más fuerza. Aparentemente, el objetivo era asesinar al rey, hacer que Inglaterra sea invadida por los franceses, y masacrar a los protestantes. Oates se erigió como héroe popular e inflamó los ánimos de la nación en contra de los católicos. Nuevamente la situación era tan tensa como en 1640, y James dejó Inglaterra aconsejado por su hermano. Muchos inocentes fueron ejecutados, y esta vez Charles tuvo que ponerse a gobernar en serio.

La discordia giraba en torno a la Exclusion Bill. La mayoría de la nación quería excluir a James del trono y coronar en su lugar a un hijo ilegítimo de Charles, el duque de Monmouth. La idea era establecer su legitimidad asegurando que Charles y su madre se habían casado y que los "papistas" habían ocultado el certificado de matrimonio. Todo se habría acabado pronto si Charles hubiera reconocido al duque como legítimo, pero se negó con tal de no violar la línea de sangre o *bloodline.* A cambio de que el Parlamento evitara meter mano en la sucesión, Charles ofreció una serie de medidas "tranquilizadoras", pero fueron rechazadas. La exclusión fue aprobada por los Commons, liderados por el revolucionario puritano Shaftesbury; bajo cuyo patronazgo estaba ni más ni menos que John Locke, cuyas teorías fueron creadas y utilizadas para justificar la revolución liberal de 1688 junto con la teoría del individuo moderno, que acompañaría el crecimiento del aparato burocrático en los siglos posteriores. Por ahora, gente de todo el reino se pronunció en contra de la futura coronación de James.

Alrededor de este conflicto se formaron dos grupos: Tories y Whigs, descendientes políticos de Cavaliers y Roundheads. Si bien la raíz del conflicto entre ambos grupos era religiosa (unos eran arminianistas y los otros calvinistas; unos episcopales y los otros presbiterianos; unos High

Church y los otros Low Church) ahora se habían constituido definitivamente en partidos políticos, construidos sobre una teología subyacente. Por otra parte, aunque los anglicanos y muchos realistas habían estado en contra del rey por su alianza con Luis XIV, pronto se dieron cuenta del carácter desestabilizador de la facción calvinista. Empezaron a acordarse de Cromwell, del violento fanatismo puritano, y no tardaron en volver a la corona, su aliado natural. Los Lords, por lo tanto, rechazaron la exclusión de James. Ante este *impasse*, Charles resolvió una vez más vivir sin la financiación parlamentaria, recibiendo subsidios de Luis XIV a cambio de no interferir en los intereses de Francia en el Continente.

Otra vez pesaba sobre Inglaterra una posible guerra civil. Los Whigs, históricos enemigos de la paz, y la "calma del despotismo", hacían correr el rumor del complot católico; los Tories contestaban que había una conspiración puritana para matar al rey y al duque de York. Una era un invento; la otra era real: se descubrió que un grupo de veteranos del ejército de Cromwell sí había planeado matar a Charles y a James. El rey aprovechó esto para aumentar su popularidad. A través de un nuevo Parlamento se condenó a muerte a dos prominentes revoltosos: Lord Russell, por organizar un levantamiento, y Algernon Sidney, autor de *Discourses Concerning Government*, un panfleto puritano justificando la desobediencia al rey, que inspiraría posteriormente, junto a *Two Treatises on Government* de Locke, entre varios otros, a los ideólogos de la Revolución Norteamericana.

Finalmente, los intentos de exclusión fallaron; Charles murió en 1685 y James fue coronado de acuerdo a la ley de sucesión. El duque de Monmouth retornó del extranjero, invadió Inglaterra e intentó derrocarlo, pero falló y fue ejecutado. James duró poco en el trono: era católico y, si bien decía querer tolerancia religiosa en todo el reino, incluso para los Dissenters, muchos sospechaban que tarde o temprano buscaría imponer el "papismo" como Luis XIV en Francia. El nuevo rey quería un ejército permanente con generales católicos, y eso encendió las alarmas aún entre los Tories, que ya desconfiaban de su devoción a Roma. El Parlamento, que al principio de su reinado estuvo de su lado, ahora se estaba dando vuelta. James se dio cuenta y lo disolvió: con el camino libre, comenzó su plan de "catolicización" de Inglaterra llenando las oficinas públicas con sus correligionarios. De a poco, quienes habían estado de su lado ahora estaban acercándose a los Whigs. En una movida audaz, intentó formar una alianza entre católicos y puritanos, ambos excluidos por los anglicanos. Otra vez, la guerra civil acechaba: el rey

con su gran ejército más la ayuda de Francia de un lado, y los Whigs junto a muchos antiguos amigos de la corona del otro. Mientras tanto, en Holanda, William of Orange esperaba su oportunidad.

Los ingleses querían evitar otra guerra, y James era un hombre mayor sin herederos, pero cuando en 1688 nació su hijo, se dieron cuenta de que se estaban enfrentando a todo un linaje de reyes católicos. Ahora James tenía a toda la nación en su contra. Intentó desesperadamente deshacer algunas de sus medidas pero era demasiado tarde. William of Orange llegó para destronarlo, y James huyó luego de ver que gran parte de su propio ejército lo abandonó. Esto, que pudo haber terminado en otro 1642, se conoce hoy como la Revolución Gloriosa, o “The Bloodless Revolution”, por haber depuesto al rey sin derramar una gota de sangre. En cuanto a los poderes reales, así como Charles II heredó una corona debilitada, William y Mary de Orange debieron aceptar las condiciones escritas en la histórica Bill of Rights, que de una vez y para siempre selló la supremacía política del Parlamento y allanó el camino hacia la teoría moderna de los derechos humanos. La victoria Whig fue irreversible, y la monarquía inglesa nunca volvería a ser la misma, así como el resto del mundo occidental.

TEOLOGÍA DE LA REVOLUCIÓN

A partir de entonces, la tendencia en occidente liberal ha sido la misma: una sucesión de "guerras civiles" entre Roundheads y Cavaliers en las que estos últimos, primero realistas y luego gradualmente Whigs "pasados de moda", siempre han llevado las de perder; una serie de disputas entre aquellos que quieren conservar viejas formas de gobierno, comercio, sociedad y religión, y aquellos que quieren derogarlas, reemplazarlas, reformarlas o expandirlas. Todo es parte de la misma guerra religiosa; el dilema entre sostener el dogma o apuntar hacia una teología liberal e inclusiva que no ponga límites al amor de Dios[11], y cuya iglesia sea el Estado mismo, uniendo lo que antes había sido separado: gobierno espiritual y gobierno terrenal. A lo largo de este libro veremos el desarrollo de esta última postura.

Ahora detengámonos en la doctrina calvinista. Nada controla tan constantemente la mente de un hombre, ni afecta tan intensamente su carácter, como las opiniones que sostiene acerca de Dios, según el Reverendo McFetridge[12]. Creo que esto es cierto a un nivel muy profundo e inconsciente, y no conviene tomarlo siempre en el sentido literal. Si lo pensamos de acuerdo a la teoría de los ciclos vitales de las culturas, de Spengler, todo lo que ocurre en Occidente ocurre dentro del cristianismo; incluyendo, por supuesto, al ateísmo, que es "la expresión necesaria de un alma terminada, exhausta ya de posibilidades religiosas, caída en lo inorgánico"[13]. Es la irreligión de la gran ciudad; de quienes "asimilan mecánicamente lo que sus antecesores, los creadores de la cultura, vivían orgánicamente". En otras palabras, y esto es muy importante, nuestro ateísmo es la racionalización de la moral cristiana.

Y digo *nuestro* ateísmo porque "no existe religiosidad sin su correspondiente negación atea"; por lo que "hay un ateísmo antiguo, otro árabe, otro occidental". El ateísmo es, entonces, la culminación de la religiosidad; y no existe "el ateísmo" en general sino que cada ateísmo responde a la religión particular de la cual se desprende, que es su fundamento filosófico. Así, en Occidente, "a la hoguera le sigue la guillotina; a la quema de libros, la conjura del silencio sobre ellos; a la fuerza de la

predicación, el poder de la prensa.”[14]

Ahora bien, cuando hablamos del calvinismo como fuerza revolucionaria, no estamos hablando de que el calvinismo o “ultracalvinismo” del que habla Moldbug es aquel que profesaba su fundador. Cromwell, progresista para su época, sería de extremísima derecha; lo mismo Calvin, Pym o Lenin. Estamos hablando de conexiones íntimas, de las ramificaciones en el tiempo de postulados metafísicos acerca de Dios, el hombre y el gobierno instalados en las profundidades de la conciencia; no de meras similitudes superficiales. Cuando hablamos de nuestra clase gobernante como calvinista, o “universalista” en el sentido *moldbuggiano* del término, no nos referimos a gente que necesariamente cree en Dios o va a la iglesia, sino a una clase que comparte un conjunto de presunciones metafísicas que, aún en su forma secularizada, teológicamente amplia y “civilizada”, sus miembros siguen creyendo y diseminando. No es casualidad que si uno busca en Google “most famous songs of the 20th Century”, la primera opción sea *Imagine*; ni tampoco es casualidad que en *goodreads.com* el libro con mejor puntaje del Siglo XX sea *To Kill a Mockingbird*, que chorrea ideas de igualdad y de “the Brotherhood of Man” o "there's one race: the human race."

Veamos ahora cuáles son esos principios fundantes que, siempre proyectados en el tiempo, sujetos a mutaciones superficiales, despegados de todo dogma y operando desde las profundidades, hacen del calvinismo una fuerza revolucionaria. Para esto nos vamos a guiar principalmente por *Calvinism in History*, de McFetridge. Según el autor, existe una íntima conexión entre la doctrina, la forma de adorar e incluso la forma de gobernar. Mientras que el arminianismo, encarnado en la iglesia anglicana y en la romana, es naturalmente compatible con la forma episcopal o prelática, el calvinismo prefiere la forma presbiteriana o independiente; mientras que el arminianismo tiende hacia la aristocracia y el conservadurismo, el calvinismo se siente más atraído hacia el republicanismo y la democracia.

Por otra parte, el calvinismo era, en principio, al profesar la idea de salvación sólo a través de la fe, una doctrina más cercana a los pobres. En cambio el arminianismo, para el cual la salvación se lograba a través de la fe así como por medio de las obras, era más costoso y más compatible con los ricos. El calvinista buscaba la salvación a través de la fuerza de su fe; el arminianista a través de sus contribuciones. De ahí el gusto por la pompa, la ceremonia y el lujo de este último y la austeridad y simpleza del primero.

Según la doctrina arminianista, el poder de la iglesia estaba en manos de

los clérigos; para el calvinismo, yacía en la propia iglesia, es decir, en el pueblo. Esto llegaba hasta lo más profundo de las cosas: por un lado, el arminianismo, al someter al pueblo a la jerarquía de la iglesia, lo preparaba para sujetarse a la autoridad de un monarca; por el otro, el calvinismo, que elevaba al pueblo a un lugar de autoridad en la iglesia, incluyéndolo en la toma de decisiones y considerando a todos sus miembros en perfecta igualdad bajo la autoridad de Dios, los mentalizaba para preferir un sistema democrático. James I lo sabía muy bien, como ya hemos dicho: si peligraba el obispado, peligraba la monarquía. El temor al calvinismo era, en el fondo, el miedo a la sedición; a que cada quien pudiera decidir obedecer o no a la autoridad de acuerdo a su propia interpretación de las Escrituras; a que cada individuo o presbítero se convirtiera en juez de la ley. En lugar de recibir el pueblo la interpretación "correcta" por parte de la iglesia oficial, manteniendo así la uniformidad teológica necesaria para la unión de la nación, el calvinismo propició la aparición de numerosas sectas, cada cual con su propia verdad[15].

Ahora bien, el calvinismo era una fuerza revolucionaria ante todo por las características de su teología. Exaltaba a un Dios infinito y distante y, en consecuencia, minimizaba al hombre, incluyendo a los superiores, a quienes reducía a la nada misma en comparación con el poder divino, y en consecuencia igualándolos al resto de los mortales. Al lado de la grandeza de Dios, un rey no es mucho más que un mendigo. La teología calvinista es radicalmente igualitaria.

Por otro lado, la teoría de la predestinación tuvo un gran impacto sobre la conducta de sus adherentes. Si los aristócratas se enorgullecían de su ascendencia real, los calvinistas eran los elegidos del Rey de Reyes. Esto, dice McFetridge, les daba una confianza sobrenatural a la hora de desafiar a las autoridades seculares; un impulso fanático que les quitaba hasta el miedo a la muerte. Agrega el autor, citando al Reverendo Joseph Thompson, que quien posee esta fe se siente contenido por un amor eterno, guiado por una fuerza eterna: su voluntad es el acero templado que ningún fuego puede derretir, que ninguna fuerza puede romper. Tal fe es libertad; y esa libertad espiritual es la fuente y fortaleza de cualquier otra libertad.

El calvinismo no es simplemente una forma específica de cristianismo, sino que es toda una forma de ver el mundo. Es un sistema de ideas acerca de Dios, la moral, la sociedad, el Estado, el individuo y la política. Su teología tiene consecuencias en el mundo real. Cabe aclarar que para el calvinista, en

teoría, no es difícil someterse al gobierno siempre y cuando este actúe de acuerdo a los mandatos de Dios y haga honor a su papel de representante de Dios en la Tierra; sin embargo, si comienza a actuar como si él mismo fuese la fuente de su propia soberanía, o a desobedecer los mandatos bíblicos, es deber de todo calvinista rebelarse:

> "Todo el gobierno es de Dios. El gobernante es el agente de Dios elegido para ejercer poder sobre la comunidad o nación. Responde a Dios como su administrador. El pueblo debe obedecer al gobernante implícitamente, pues su autoridad viene de Dios. Pero la obediencia a Dios es suprema, por lo que se sugiere que en caso de una tiranía, el derrocamiento del gobierno es correcto, siempre y cuando Dios haya elegido a alguien para hacerlo."[16]

Esto llega hasta lo más hondo del pensamiento cristiano. Para San Agustín, el orden universal es aquel prescrito por Dios para todos los hombres. Si un estado determinado fuera en su contra, es decir, fuera "injusto", también la obediencia de sus súbditos sería, aunque "justa" según sus propias leyes, injusta para la ley de Dios[17]. Yendo aún más atrás, el propio apóstol Lucas escribió en Hechos 5:29 que "es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres".

No es el objetivo de este libro ahondar más en este punto en particular, pero hablar de un orden universal, la desobediencia al cual constituye causa justa para la desobediencia, y dejar la cuestión acerca de qué consiste una desviación de ese ideal a criterio de la interpretación privada de los individuos; todo eso es, a mi parecer, pero aún más importante según la opinión de Thomas Hobbes, una receta para el desastre; acaso el motor fundamental de la conducta revolucionaria. Después de todo, ¿quién determina cuándo un gobierno se vuelve una tiranía? ¿Quién sabe a quién eligió Dios para derrocarlo y tomar su lugar? Si es la Iglesia Católica, significa que el gobierno nacional en última instancia depende de la aprobación de un dictador extranjero; si, en cambio, es una asamblea de presbíteros que tienen línea directa con el Creador, la legitimidad del gobierno queda a juicio de representantes de miles de congregaciones; y, en última instancia, de cada individuo.

Como bien dice Strong, Calvin no era sólo un teólogo: era un constructor. Lejos de ser un conservador, era un radical. Sus amigos lo elogiaban por la

sabiduría de sus reformas, y sus enemigos lo maldecían por innovador, enemigo de la religión tradicional, e iconoclasta. La Reforma era más que solo una cuestión de doctrina: era una revuelta en contra del orden establecido y hacia uno “nuevo y mejorado”. Calvin apuntaba a nada menos que la completa reconstrucción de todos los aspectos de la sociedad de acuerdo a los principios fundados en la verdad revelada en las Escrituras.

A esta reconstrucción de la sociedad a partir de la teología el autor la llama *Biblicism*. Si Lutero había usado la Biblia como un refugio en contra de los abusos de la Iglesia Católica, Calvin la usó como una fuente de construcción. No sólo era la autoridad final en cuestiones de religión, sino que contenía los principios fundadores de la sociedad humana, de la ley y de la voluntad de Dios para la humanidad. La Biblia, en las manos de los hombres, era una fuerza religiosa y socialmente constructiva, cuyo objetivo era hacer a partir de la Palabra de Dios. Calvin lo hizo primero en Génova, donde las leyes formuladas a partir de la Biblia constituían un código de administración pública, que incluía regulaciones al comportamiento, la vestimenta, la educación, la alimentación, esparcimiento y lujos.

Como bien lo dice Moldbug, los (ultra)calvinistas están en el negocio de construir el Reino de Dios en la Tierra. Esto en la escatología cristiana se conoce específicamente como postmilenarismo, una interpretación del capítulo 20 del libro del Apocalipsis según la cual la segunda venida de Cristo ocurrirá luego del *Millennium*; una “época dorada” en la que la ética cristiana prosperará en todas las naciones[18]. Por lo tanto, si bien fuera del poder el calvinismo es una fuerza revolucionaria y hasta anárquica, es en su núcleo una doctrina de cambio social cuyo fin es la completa reconstrucción del mundo a partir de una serie de principios teológicos.

LA NUEVA JERUSALÉN

La victoria parlamentarista del Siglo XVII tuvo consecuencias insoslayables. Por un lado, dio origen al Imperio Británico y a la supremacía global inglesa durante los dos siglos posteriores; por el otro sus teorías inspiraron a los ideólogos de las revoluciones en Norteamérica y en Francia, en un siglo XVIII en el que la doctrina calvinista se fue racionalizando progresivamente hasta convertirse en liberalismo.

Como hemos dicho, muchos puritanos emigraron a América en busca de un lugar en el que pudieran practicar y sobre todo imponer su religión sin ser molestados. Durante el Interregno, los sectores más sediciosos de Boston[19] apoyaron a la distancia el establecimiento del Commonwealth, y “no fueron debidamente disciplinados”[20] tras la Restauración. En Massachusetts se estaban acostumbrando a su independencia, y poco a poco comenzaron a pensar que quizás deberían gobernarse a sí mismos. Cabe recordar que así como eran presbiterianos fanáticos en lo religioso, eran republicanos recalcitrantes en lo político, y la democracia fue la forma de gobierno que adoptaron, aunque siempre excluyendo a episcopalistas y papistas.

Como dice Moldbug, la corona pudo haber aplastado a los revoltosos desde el primer momento. Estamos hablando del ejército de una nación establecida contra una milicia improvisada e indisciplinada. El problema era que en realidad la rebelión americana fue parte de una guerra fría; una especie de Guerra de Vietnam en el continente americano. Los Tories respaldaban el último intento de la monarquía de recobrar algo de la dignidad perdida, mientras que los Whigs, “amigos de la libertad”, apoyaban en mayor o menor medida la independencia de las colonias.

Los Tories creían en reafirmar los derechos del gobierno y suprimir la rebelión; los Whigs creían en la conciliación, el *appeasement*, y las concesiones. Aún con el asunto en manos de una administración Tory, los métodos adoptados fueron propios de los Whigs, y la “mano dura” no se aplicó hasta la llegada del general Clinton, quien contaba con menor cantidad de hombres y debía lidiar con Francia, ya involucrada[21]. Previamente, bajo el mando del general William Howe, el ejército británico tuvo mil oportunidades para vencer, pero Howe era un Whig y sólo buscaba dar un

escarmiento a los rebeldes hijos de Inglaterra y quedar como una especie de héroe. Quería ser quien reconciliara a ambas partes en lugar de hacer su trabajo. El resultado obvio fue que ante cada concesión le seguía otra demanda; porque así como los parlamentaristas ingleses querían el control total del reino, los colonos no se habrían conformado con nada menos que la absoluta independencia. Claro que ambos grupos, consecuentes con su duplicidad puritana, insistían en declararse leales sujetos de la corona en lugar de admitir lo que realmente pretendían.

Nuevamente, como en los días de la Guerra Civil, los encargados de enfurecer a los colonos eran los ministros puritanos y demás voceros de la sedición:

> “En 1765 comenzaron los disturbios en Boston: y las efusiones de rencor provenientes del corazón de Mr. Otis [22] salieron a la superficie. Se ha dicho que se había asegurado como clientes a los contrabandistas y sus contactos. Ahora se presentaba la oportunidad de convencer al gobierno de su influencia. La incautación de una cierta tienda había sido llevada a cabo según un acta del Parlamento; fue discutida en la suprema Corte, presidida por Mr. Hutchinson[23]. La incautación fue declarada legal por toda la Corte. Esto causó resentimiento hacia los jueces […] Poco después, la turba comandada por Otis y sus clientes saquearon la casa del juez Hutchinson, la destecharon, destruyeron sus documentos, y buscaron matarlo a él y a sus hijos, que lograron escapar. Uno de los revoltosos declaró la mañana siguiente que los primeros lugares en los que buscaron fueron las camas, para matar a los niños. Todo esto era música para los oídos de Mr. Otis, así como para los comerciantes contrabandistas, varios de ellos participantes de tal escena diabólica. Sin embargo, un anciano, muy serio, la creyó más que diabólica: al ver las ruinas al día siguiente, dijo que, de haber estado allí el Diablo la noche anterior, habría vuelto a sus dominios, avergonzado de haber sido superado, y no habría puesto un solo pie en la tierra nunca más. Una pena que no haya salido a caminar durante la infeliz Crisis[24]; pues habría visto desde entonces superados a aquellos que antes lo habían superado a él. Mr. Otis y sus mirmidones, los contrabandistas y el Black Regiment[25], habían convencido a los canallas de que el juez Hutchinson había promovido la Stamp Act; cuando, por el contrario,

> había escrito a sus amigos en Inglaterra pidiendo por su derogación [...] Pero era en vano ir contra la ley de Mr. Otis y el evangelio de su Black Regiment. Ese buen hombre debe ser una víctima, ordenaba Otis, y así era hecho. Tal era el frenesí de anarquía que cada hombre estaba celoso de su vecino, y parecía esperar por su turno de ser destruido; y tal era el entusiasmo político que las mentes de los hombres más píos parecían haber sido poseídas por el temperamento revoltoso. Un clérigo de Boston, que parecía ser devoto a abstraerse del mundo, y había vivido ya setenta años supuestamente libre del pecado original y de cualquier transgresión, a causa de la retórica incendiaria que zumbaba constantemente en sus oídos, luego de ser consultado acerca de qué debería hacer el pueblo, declaró 'peleen hasta que la sangre les llegue a las rodillas'. Nunca más justa que en esta ocasión la frase tantaene animis caelestibus irae."[26]

Si el objetivo de los Whigs era reconciliar a Inglaterra con América, la realidad era que estaban, por la timidez de su postura, invitando a la rebelión. Cuando finalmente triunfaron, gracias a la suerte y a la desprolijidad británica, la narrativa Whig fue que no se hizo lo suficiente para apaciguar a los americanos.

Estos hombres y sus descendientes fundaron la élite intelectual de los Estados Unidos. Para ilustrar bien el punto, la universidad de Harvard se llama así por John Harvard, un "dissenting minister". Yale fue fundada en 1701 por un grupo de ministros congregacionalistas; o sea, puritanos. Princeton fue fundada por presbiterianos; Brown por bautistas. Dartmouth fue fundada en 1769 por Eleazar Wheelock, otro ministro puritano. De hecho vayan a Google Maps y vean donde están ubicadas las universidades Ivy League. Que nadie tenga dudas: del Noreste de los Estados Unidos proviene la élite intelectual que nos gobierna. Sus nuevos miembros siguen graduándose en las mismas universidades, y sus ideas son reverberaciones secularizadas de los mismos principios teológicos. No fue casualidad que la Revolución haya comenzado en Boston. Estos hombres estaban llenos del fervor de una nueva fe, que se repetiría luego en los ideólogos de la Revolución Francesa y la Revolución Rusa; todas hijas de la revolución puritana de 1640. Charles I, Luis XVI y la familia Romanov fueron víctimas de la misma teología sediciosa. Quien no vea algo de low church en Lenin tiene que mirar con más atención.[27]

En 1861 comenzó la Guerra Civil Norteamericana, en la que la élite del noreste pasaría a conquistar a los Estados Unidos, sometiendo a los secesionistas de la Confederación. Esta es la primera de las que Moldbug llama “las Tres Guerras Modernas”; esas que han pasado a la Historia (Whig) como triunfos del Bien sobre el Mal: la Guerra Civil, la Primera Guerra Mundial, y la Segunda Guerra Mundial, a través de las cuales, para utilizar una frase bien NRx, Massachusetts conquistaría el mundo. Por motivos de espacio no podemos hablar de la Guerra Civil en detalle, pero sí podemos mencionar algo interesante: la élite del Noreste, que un siglo atrás había peleado por su independencia, esta vez se negó a reconocer el derecho a la secesión de los estados de la Confederación. Como dijo el propio Lincoln, la Unión no se disuelve; y, si intentan disolverla, tenemos las armas y la billetera para detenerlos[28]. Ingenuamente podríamos preguntarnos por qué algunos tienen derecho a independizarse y otros no, pero la verdad es que los Whigs en América se comportaban como sus pares del otro lado del Atlántico: son amigos de la auto-determinación sólo cuando no les toca gobernar. Lo que el Whig busca es poder; la “liberación de los pueblos” es un simple pretexto para poner a la gente en contra de sus enemigos.[29]

Ahora bien, luego de la independencia, Estados Unidos comenzó a configurar su política interna a través de una serie de sistemas de partidos. El primero consistió en la división entre Federalists y Democratic-Republicans, entre 1790 y 1812 aproximadamente; el segundo, entre el Democratic Party y el Whig Party, más o menos entre 1820 y 1850; y el tercero, entre el Democratic Party y el Republican Party, creado tras la caída del partido Whig luego de 1850. La diferencia ideológica entre ambas partes era importante: el Democratic Party, anteriormente Democratic-Republican, era el partido de la libertad de comercio y la libertad individual; el Republican Party, antes llamado Federalist Party y luego Whig Party, era el partido de la intervención gubernamental en la economía y en la conducta de los individuos. Era conocido como “the party of great moral ideas.”[30]

El Democratic Party gozó de hegemonía hasta que la cuestión de la esclavitud lo dividió a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Muchos de sus adherentes se unieron a los miembros del ex partido Whig y formaron el Republican Party, cuyo objetivo fue detener la expansión esclavista y, durante la Guerra Civil, sostener a la Unión en contra del derecho de secesión de los estados del Sur. Luego de la guerra, el dominio fue temporalmente Republicano, pero en adelante la disputa fue más pareja. De hecho, el

Democratic Party iba en ascenso hasta 1896, un año importante del cual hablaremos más adelante.

Antes tenemos que hablar un poco más sobre las ideologías detrás de cada partido. Como siempre, el trasfondo es etno-religioso. Según Paul Kleppner[31], había una grieta entre pietistas y litúrgicos, que es en general una continuación de la eterna guerra entre la tendencia presbiteriana o "democrática" y la episcopal o "aristocrática" de organización eclesiástica. Los pietistas, para quienes la salvación era personal y no tenía tanto que ver con dogmas o unirse a una iglesia en particular, profesaban una "teología amplia" cuyo énfasis estaba en la importancia de sostener una relación interna, intensa e individual con Dios; y creían en el deber social de ayudar a cada individuo a alcanzar y sobre todo conservar su salvación manteniéndolo alejado del pecado, como uno evita que un drogadicto en rehabilitación tenga oportunidades para recaer. Sus prioridades eran tres: erradicar el alcohol, evitar la violación del Sabbath, y usar la educación pública para "americanizar" y "cristianizar" a los inmigrantes y descendientes de inmigrantes católicos. Étnicamente los pietistas eran mayormente White, Anglo-Saxon Protestants (WASPs).

Para los litúrgicos, en cambio, en su mayoría inmigrantes europeos católicos, anglicanos y luteranos, la salvación se lograba a través de los rituales y dogmas de la iglesia y sus sacerdotes. No había necesidad de intervención estatal porque las almas estaban en manos de las instituciones religiosas. Además, basándose en que Jesús mismo había tomado vino, no se oponían a la ingesta moderada de alcohol. Para el litúrgico, el pietista era un entrometido obsesionado con quitarle su cerveza y sus escuelas parroquiales. Según Rothbard, mientras que el pietista era un cruzado fastidioso, el litúrgico sólo quería ser dejado en paz.

Trasladadas a la economía, las diferencias entre pietistas y litúrgicos eran claras: los primeros preferían un rol central del estado y los segundos el *laissez faire*. Respecto a la inmigración, los primeros buscaban limitar el ingreso mayoritario de católicos e incentivar la llegada de pietistas británicos y escandinavos; mientras que los litúrgicos eran pro-inmigración según la tradición americana. En cuanto al voto femenino, las mujeres pietistas, mucho más políticamente activas, estaban decididamente a favor: líderes *suffragettes* como Susan B. Anthony, Carrie Chapman Catt, y Anna Howard Shaw, eran pietistas y prohibicionistas. Por otra parte, las mujeres de familias litúrgicas estaban en contra, al no estar, en términos generales,

interesadas en la política. Para los pietistas, el voto femenino significaba un aumento del voto Republicano, a la vez que la restricción de la inmigración católica implicaba un golpe directo al voto Democrático. Y así vemos cómo cada grupo se ubicaba dentro de cada organización: litúrgicos en el Democratic Party y pietistas en el Republican Party.

Finalmente, hay otra cuestión a considerar. Como hemos dicho, a lo largo del Siglo XVIII la doctrina calvinista se fue racionalizando y transformando en el liberalismo de la Ilustración, como parte de la transición cultura-a-civilización de la que habló Spengler[32]. Sin embargo, durante los 1730s y 1740s ocurrió en las colonias norteamericanas lo que se conoce como The Great Awakening, un revival cristiano intensamente emocional y evangélico, que eventualmente también se apagó; hasta el segundo "avivamiento" que sacudió Estados Unidos con conversiones masivas durante los 1820s y 1830s. El resultado "memético" de todo esto fue la adición de una cubierta ultra-religiosa al núcleo de "calvinismo secularizado" que ya regía el pensamiento colectivo de la élite norteamericana.

Ahora bien, pasada la Guerra Civil y la abolición de la esclavitud, el alcohol se volvió el tema central. La estrategia de los Republicanos era atraer a los luteranos "relajando" su fijación prohibicionista y a la vez reforzando su discurso anti-católico. La consecuencia fue un lento declive producto de la alienación de los votantes más fervientemente pietistas, que formaron sus propios *lobbies*, pero contrastado por la atracción de una buena cantidad de votantes luteranos. Esto, sumado al gradual ascenso del Partido Democrático debido al crecimiento de la población católica, igualó más o menos la contienda entre ambos partidos, que poco a poco se fueron volviendo más moderados. Sin embargo, entre 1894 y 1896 ocurrió algo inusual: un "intercambio" masivo de votantes entre ambos partidos, durante el cual pietistas se pasaron en masa al Democratic Party y litúrgicos, en consecuencia, huyeron hacia el Republican Party.

Lo que pasó en ese período fue que la política del país cambió irreversiblemente. Tras el ascenso y posterior captura del Democratic Party por parte del pietista William Jennings Bryan, gracias a la depresión económica de 1893, todo indicio de *laissez faire* y gobierno mínimo desapareció del partido, y también de la política norteamericana. El Partido Democrático se transformó en el partido intervencionista y el Republicano en el refugio de los menos intervencionistas, llegando a parecerse más a la configuración actual de ambos armados, que han devenido en meras

coaliciones de intereses con una similar ideología amorfa e indefinida. Bryan no llegó a capturar Washington, pero años después sí lo haría otro Demócrata y evangelista de la política: Woodrow Wilson. A medida que la política se fue volviendo menos ideológica y los ánimos se tranquilizaron, la gente empezó a perder interés, y muchos dejaron de ir a votar por apatía.

Este vacío de poder fue aprovechado por el Movimiento Progresista, que comenzó a tomar forma como fuerza política durante la presidencia de Theodore Roosevelt, entre 1901 y 1909; pero fue durante la presidencia de Wilson y la Primera Guerra Mundial que alcanzó su esplendor. En *The Progressive Movement*, S.J. Duncan-Clark expuso el programa político progresista, comenzando por un diagnóstico general de la sociedad norteamericana, que se encontraba en el medio de una revolución económica. Es importante aclarar que, según sus ideólogos, el Progresismo no era un movimiento clasista que buscara enemistar a un sector de la sociedad con el otro, sino un intento conciliador que surgió como respuesta a una posible revolución comunista.

En *Marx es Dios y Ford su Profeta*, Alexandre Kojeve dijo que las profecías de Marx (que la formación y acumulación del capital en manos de unos pocos a través de la apropiación de la plusvalía causaría un desequilibrio social que desembocaría en una revolución, siendo el sistema capitalista "el autor de su propia ruina") no se cumplieron en las sociedades industriales, pero no porque Marx hubiera estado equivocado, sino porque tenía razón. Las contradicciones internas del capitalismo sí existían, y habrían desembocado en una revolución si las sociedades no hubieran reparado a través de reformas graduales las fallas intrínsecas de su sistema económico. Marx y los viejos marxistas creían que los burgueses se quedarían de brazos cruzados, "ciegos e insensatos", mientras bajo sus propios pies germinaba la semilla de la anarquía. Al contrario. Se anticiparon, reformaron el capitalismo, y lo inmunizaron contra un eventual levantamiento.

Para Kojeve, Ford fue el gran ideólogo de esta transformación, y por lo tanto "el único gran marxista auténtico y ortodoxo del Siglo XX", por tener en cuenta los pronósticos de Marx y poner fin al viejo capitalismo. Antes de todos los cambios y compromisos de la clase capitalista, sobre todo si las desigualdades continuaban profundizándose, no había garantías de evitar una revolución. La sociedad norteamericana, si pretendía continuar tal cual había existido hasta ese momento, primero debía hacer una autocrítica. El problema fundamental era que la economía había crecido tan rápido que la sociedad no

había llegado a adaptarse, resultando en todo tipo de desbarajustes. En esencia, lo que Karl Polanyi describió como la "dislocación social" propia del desarrollo económico abrupto[33].

Primero, la industrialización puso fin a la era de los artesanos, que debieron cerrar sus talleres e ir a golpear las puertas de las grandes fábricas. Más y más trabajadores se volvieron dependientes de los dueños de los medios de producción. A medida que las industrias crecían, la especialización se volvió inevitable: cada "engranaje" comenzó a dedicarse a una tarea específica aislado de sus compañeros. El obrero no tenía idea del negocio del cual formaba parte; el ejecutivo desconocía cómo se fabricaba el producto que debía vender y distribuir; los accionistas y los directores podían vivir a miles de kilómetros de su fábrica y no tener idea de lo que sucedía puertas adentro más allá de los reportes que recibían de sus encargados. Sus intereses empezaban y terminaban en la generación de ganancias. En tal situación, era lógica la ausencia de un sentido de "responsabilidad social" entre los involucrados. Se abrió un abismo entre los trabajadores, interesados en sus salarios, y los dueños, interesados en los dividendos.

Con la introducción de la maquinaria, a través de la cual un hombre podía hacer el trabajo de veinte, no sólo se consolidó el triunfo de la industria por sobre el artesano, entregando a los trabajadores a la dependencia, sino que además las posibilidades siquiera de conseguir trabajo se redujeron. Aumentó el desempleo y, consecuentemente, el crimen, el alcoholismo, la violencia, y demás plagas sociales.

Los ricos, por su parte, buscaban mantener sus privilegios a través del gobierno, al cual habían corrompido con el poder del dinero, gestándose en consecuencia una perpetua desconfianza de la ciudadanía hacia sus mandatarios. Esto, más la concentración de la riqueza en manos de los dueños de los medios de producción; la necesidad en aumento de los trabajadores de depender de esta minoría para ganarse la vida; el abismo de bienes e intereses entre una clase y otra; la desaparición de la clase media, que poco a poco pasaría a engrosar las filas de la clase baja; fue lo que motivó la "cruzada" Progresista. A menos que se tomaran medidas, las tensiones crecerían al punto de estallar en una revolución.

Para los progresistas, existía en los Estados Unidos una gran cantidad de riqueza, suficiente para alimentar y mantener cómoda a toda la nación. Sólo hacía falta una inteligencia al mando que la dirigiera, la manejara, la distribuyera y redistribuyera; porque, fieles a su cristianismo, puro y

secularizado, aseguraban que los derechos humanos estaban por encima de los derechos de propiedad.

En el capítulo II, Clark hablaba del aspecto secular o “científico” del Movimiento Progresista, que coexistía con el factor religioso. Clark definía a la nación como un organismo social cuya vida depende de la interrelación y la interdependencia de sus funciones. Cada parte debe ser consciente de su responsabilidad hacia las otras, y su obligación hacia la totalidad. El problema de uno es el problema de todos; no hay sectores aislados del resto del organismo social. No hay “problemas de los trabajadores” ni “problemas de las mujeres” ni “problemas de los empresarios”. Todos afectan a la nación como colectivo.

Ningún organismo social es saludable si sólo prosperan los capitalistas, aunque se haya puesto mucho énfasis en creer y hacer creer que, si a éstos les va bien, le va bien a toda la nación. La realidad es que la riqueza muy comúnmente habita junto a la miseria. Pero los progresistas no eran enemigos del *big business:* después de todo, había creado un sistema productivo que, bien usado, era la clave para el enriquecimiento general de la población. Además, según Rothbard, los propios capitalistas veían con buenos ojos y hasta impulsaban el agrandamiento estatal como medio para la creación de monopolios, cosa que no habían podido lograr a través del *free market*. El Movimiento Progresista, desde esta perspectiva, fue una alianza entre el sector público y las corporaciones tanto para poner freno a una posible revolución como para usar la burocracia como medio de obtención de privilegios, a pesar de que ese era uno de los males contra los cuales los progresistas decían luchar.

Clark dividía al organismo social en dos hemisferios: gobierno (poder ejecutivo, legislativo y judicial, más los votantes) e industria (capitalistas, trabajadores y consumidores). El objetivo del Movimiento Progresista era lograr una armonía entre ambos, de modo que cada uno contribuyera de la mejor manera al bien común. El problema era que uno de los hemisferios (la industria), y en especial una de sus partes (el capital), se había autoproclamado como particularmente vital para la prosperidad y la existencia misma de la nación, creyéndose por lo tanto acreedora de favores y privilegios por parte de la política.

No es raro que esto haya generado malestar en el resto de la población respecto al capital y al gobierno, situación que los progresistas estaban dispuestos a aprovechar. Las circunstancias demandaban acción regulatoria:

un reajuste general de todo el organismo social que se extendiera a todos los ámbitos de la vida, llevado a cabo por verdaderos representantes de la voluntad popular, que habían oído el clamor de las masas en favor de la intervención estatal.

Ahora bien, uno de los grandes males de la sociedad, según estos salvadores de almas y moldeadores del carácter, era el alcohol, al que se propusieron extirpar primero de Estados Unidos y luego del resto del mundo; porque estaba claro que, una vez establecido el reino de Dios en casa, había que llevarlo a todo el planeta. La entrada de los Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial fue celebrada por los prohibicionistas, y por los progresistas en general. Fue una gran excusa para terminar con el alcohol: no podían desaprovecharse los granos en semejante cosa como licores y cerveza cuando había gente pasando hambre. Además, había que proteger los cuerpos y las almas inmortales de los soldados, por lo que además de prohibirles el consumo de alcohol trataron, con algo de éxito, de cerrar los burdeles cercanos a las bases militares.

Por otra parte, el hecho de que la mayoría de los fabricantes de cerveza fueran alemanes sirvió para convertir a la prohibición no sólo en una causa cristiana, sino también en una cuestión nacionalista. La cerveza, al fin y al cabo, estaba siendo utilizada por agentes del Kaiser para debilitar a las tropas de la democracia. Otro foco de interés fue la lucha por el voto femenino, que culminó en la Decimonovena Enmienda en 1920. Las mujeres fueron "llamadas" por el Estado durante la Guerra a oficiar de *kommissars* encargadas de controlar la producción de alimentos a nivel nacional, puesta bajo el control centralizado del "Zar de los Alimentos" Herbert Hoover. También tenían la misión de registrar y reclutar mujeres para trabajos voluntarios o pagos destinados al esfuerzo de guerra. Por último, existía el *Women's Committee*, dedicado a la "educación patriótica" de las mujeres, particularmente las inmigrantes católicas, a las que se les enseñaba a "ser americanas". Se estaba haciendo un gran esfuerzo por "americanizar" a la nación, uniéndola bajo un mismo ideal, un mismo lenguaje, y un mismo propósito: el de la élite Yankee pietista. El voto femenino fue una suerte de recompensa por el importantísimo papel de las mujeres en la guerra, aunque ya hemos visto que era parte de la agenda desde hacía décadas.

Pero por encima de todo, la entrada de los Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial ofrecía a los intelectuales progresistas la posibilidad de agigantar el poder estatal excusándose en la excepcionalidad de las

circunstancias. Las posibilidades eran infinitas; los progresistas tenían planes para absolutamente todo. John Dewey, el más importante de los intelectuales de la época, creía que el avance tecnológico traía consigo la posibilidad de crear la sociedad perfecta. Esta idea, una secularización de la doctrina postmilenarista, permaneció en la *intelligentsia* “estatista” a través del tiempo: desde Herbert Marcuse hasta Alexandria Ocasio-Cortez.

Intelectuales como John Dewey, Richard T. Ely, Nicholas Murray Butler y Walter Lippmann militaron por la entrada de Estados Unidos a “la guerra que acabaría con todas las guerras”; aunque Lippmann, que era partidario de la conscripción y estaba en edad de ponerse el uniforme y embarcarse hacia Europa, “no logró conectar teoría y praxis”. Inventó una serie de excusas para quedarse en Estados Unidos: desde la supuesta mala salud de su padre hasta afirmar que sería mucho más útil para su país planificando el futuro desde una oficina en Washington que a los tiros en una trinchera.

Se montaron oficinas, bureaus y comités de todo tipo:

War Industries Board: administración de materia prima, expansión de producción, disminución del desperdicio.

War Labor Board: mediaba en las disputas laborales para evitar posibles ceses en la producción.

Railroad Administration: controlaba y unificaba las operaciones ferroviarias.

Shipping Board: responsable del transporte de tropas y materiales a Europa.

Food Administration: incrementó la producción de alimentos y animó a la población a conservarlos.

Committee of Public Information: básicamente una agencia estatal de propaganda que enseñaba a odiar a los alemanes y a unir a los americanos en el esfuerzo de guerra. Una de sus tantas divisiones era el Bureau of Cartoons, creado para concentrar y dirigir el poder de las caricaturas para el apoyo de la causa bélica.

Como dice Rothbard, la guerra ofrecía una oportunidad de oro para el advenimiento del control estatal en nombre de la justicia social. Y no sólo en Estados Unidos; los planes para la paz universal también estaban en marcha,

y, si bien la Liga de las Naciones fue un intento fallido, tendrían éxito con el proyecto de las Naciones Unidas, así como a través de la fundación del FMI y el World Bank, de los cuales hablaremos más adelante. Al parecer, la paz mundial se lograría necesariamente atravesando esta gran guerra, por lo que el pacifismo era repudiado, y los pacifistas del gobierno perseguidos por "inquisidores" como Richard T. Ely. La maquinaria de gobierno que los intelectuales progresistas esperaban fuera permanente, fue, sin embargo, desmantelada en parte al término de la guerra. Justo cuando creían tener algo bueno entre manos, el "maldito Armisticio" les arruinó los planes. Pero muchos habían llegado para quedarse, y los que no lograron acomodarse en el Estado fueron reclutados por agencias paraestatales como los medios de comunicación, las corporaciones, las fundaciones y *think-tanks*

Según hemos dicho, los progresistas tenían un programa de gobierno basado en teorías sociológicas y científicas en general. A su vez, sabemos que eran una élite pietista. Esta combinación entre religión y ciencia, según Murray Rothbard, es típica de los intelectuales progresistas; y persiste hoy en lo que Mencius Moldbug llama universalismo, la religión o "a-religión" de la clase gobernante. En el capítulo XVII, Clark habla de un resurgir del espíritu religioso en la política como algo digno de celebración. Toda esta sección del libro está empapada de retórica cristiana. En las reuniones progresistas había más una atmósfera de celebración religiosa que de asamblea política: "cruzada" era un término más apropiado que "campaña"; la religión había entrado en la política con un "propósito superior". Sin embargo, no la religión de los dogmas, sino la de la hermandad universal y la responsabilidad para con Dios de servir a los hombres. ¿Es la secularización otra cosa que la ampliación de la teología; la extensión del ecumenismo? ¿Acaso no se trata sólo de ser buenas personas?

Para los progresistas, el Estado era una gran herramienta de redención, que podía y debía usarse para cristianizar a la sociedad y así acelerar la segunda venida de Jesucristo. El deber del cristiano era usar el poder secular para transformar la cultura y lograr, por un lado, que los fieles se mantuvieran fieles; y por el otro, que la salvación de los "extraviados" sea más fácil. Esto se fue transformando en esos años en la doctrina principal del protestantismo *mainline*: el Social Gospel, o evangelio social, cuyos principales puntos eran: la abolición del trabajo infantil, la regulación del trabajo femenino, el derecho a la sindicalización de los trabajadores, la eliminación de la pobreza y la distribución equitativa de la riqueza. El Social Gospel, escribió Milton

Yinger[34], fue la respuesta del Protestantismo Yankee a los movimientos laboristas seculares que estaban alejando a la gente de una a la que consideraban aliada del capital, o al menos indiferente a las necesidades de los trabajadores. Esta creencia era compartida por todos o al menos la gran mayoría de los principales “cerebros” y personalidades del Movimiento: Richard T. Ely, John Dewey, las sufragistas y, además, magnates como John D. Rockefeller, quien puso muchísima plata en “erradicar el pecado” de los Estados Unidos. Este núcleo religioso, si bien se fue abandonando en favor de un universalismo más secular y todavía más inclusivo, permanece hasta el día de hoy, y es la “fe” de nuestra élite transnacional.

DESTINO MANIFIESTO

El Movimiento Progresista fue esencialmente la llegada al poder de una élite con inclinaciones mesiánicas y tecnocráticas que, a través de las bondades de la tecnología, buscaba construir el reino de Dios en la Tierra. A su vez, fue la centralización del poder en manos de una burocracia científica que pretendía regular cada aspecto de la vida social y económica de los norteamericanos y el resto de los habitantes del mundo para salvar sus almas del pecado. Esta masiva empresa aunó esfuerzo de personas de todos los campos: economistas, juristas, financistas, académicos, empresarios y políticos; por lo que el Estado se fue de a poco poblando de "expertos" que conducirían a la nación de manera racional, lejos de los peligrosos caprichos de la política. Además, era necesario guiar a la opinión pública lejos de los intereses de clase y hacia una conciencia social basada en un concepto de sociedad como organismo compuesto por múltiples actores interdependientes. Había que crear una sola América (y por qué no un Estados Unidos del Mundo), con un único lenguaje y un único destino. Ningún interés privado podía estar por encima de otro: todos eran esenciales y estaban ligados por la responsabilidad social tanto entre sí como para con la totalidad.

La gran maquinaria tecnocrática aceleró su nacimiento gracias a la Primera Guerra Mundial, cuyo advenimiento significó la excusa perfecta para poner en marcha la centralización burocrática justificada por las excepcionales circunstancias del esfuerzo de guerra. La prohibición, uno de los fetiches del pietismo, resurgió, y se logró circunstancialmente prohibir la venta de bebidas alcohólicas como parte de la guerra contra el Kaiser. Y ya que nada escaparía al impulso regulatorio, los planes de la élite también incluían una reinvención de la Doctrina Monroe, que a través de Woodrow Wilson adquirió una faceta humanitaria o incluso "bíblica", según el escritor Carlos Pereyra.[35]

Recordemos lo que fue la Doctrina Monroe: una declaración emitida por los Estados Unidos en 1823 en contra de la ambición de las potencias europeas en un territorio americano compuesto por repúblicas nuevas e incapaces de defenderse ante una posible invasión. La doctrina, sujeta a

múltiples transformaciones, distorsiones y exageraciones, se convirtió en lo sucesivo en la carta predilecta a invocar siempre que estuvieran en juego los intereses de los Estados Unidos en el continente americano; siendo usada para justificar atropellos como, por citar sólo un ejemplo, la Enmienda Platt en Cuba[36]. La última fase de la Doctrina Monroe, el *wilsonianismo*, consistió en la búsqueda de la paz mundial a través de la democracia y el libre comercio, aunque su propósito real fue la estabilización y la preparación del mundo para la expansión de la economía e ideología norteamericanas. La Liga de las Naciones se concibió con esto en mente, pero sin embargo no logró el apoyo esperado. Eso sí – Wilson ganó el Nobel de la Paz en 1919.

La cuestión doméstica era clave para la élite progresista, cuyos planes consistían en abandonar para siempre las instrucciones aislacionistas de George Washington en su *Farewell Address*[37], que habían servido de guía hasta hacía algunas décadas (antes de que la Doctrina Monroe mutara en una justificación del imperialismo insidioso):

> "Observad la buena fe y la justicia para con todas las naciones. Cultivad la paz y la armonía con todo el mundo".

Y:

> "… nada es más esencial que excluir esas permanentes e inveteradas antipatías contra determinadas naciones, así como la apasionada simpatía por otras, y cultivar, en cambio, sentimientos amistosos para con todas. La nación que le profesa a otra un odio o un afecto habitual es en cierto modo esclava."

Básicamente, la máxima de George Washington en cuanto a la política exterior era no enredarse en los conflictos de otros; tratar a todas las naciones con respeto y no odiar ni amar a ninguna. De haber alianzas, debían ser "temporales" y "para casos extraordinarios". Los progresistas, en cambio, querían para los Estados Unidos un papel protagónico en la política internacional y la instauración global del evangelio de la democracia y el libre comercio, para lo cual hacía falta torcer la opinión pública.

Con esto en mente se fundó en 1918 el Council on Foreign Relations (CFR), una especie de *dinner club* en el que millonarios se reunían a escuchar discursos de expertos en política exterior[38]. El objetivo de esta organización

era informarse acerca de la situación internacional para luego asesorar al gobierno en la creación de una "política exterior razonable". La organización estaba compuesta principalmente por financistas, banqueros, abogados y empresarios que estaban preocupados por el efecto que la guerra y los tratados de paz tendrían en la economía del futuro. Entre todos se destacaba uno: Elihu Root, abogado de Wall Street, ex Secretario de Estado y ex Secretario de Guerra de los Estados Unidos. Root era un coloso. No sólo había liderado la organización de los territorios adquiridos luego de la reciente guerra con España, sino que asesoraba a bancos y corporaciones en todo el país. Era el consejero personal de Andrew Carnegie en materia de política exterior y fue el primer presidente del Carnegie Endowment for International Peace.

Otros miembros notables en un principio fueron John W. Davis, presidente del CFR, abogado asesor de J.P. Morgan & Company y candidato a presidente por el partido Demócrata en 1924; Paul D. Cravath, vice-presidente del CFR, abogado de Wall Street; y Edwin F. Gay, primer decano de la Harvard Business School, director de planeamiento y estadística del Shipping Board y editor del New York Evening Post. Noten el perfil de esta gente: *todos* venían del mismo palo.

La primera gran decisión del CFR fue la creación de una revista que se convertiría eventualmente en la máxima autoridad en política exterior en la nación. Foreign Affairs se publicó por primera vez en 1922 y sigue vigente hasta el día de hoy. El objetivo de la publicación era "guiar a la opinión pública"; algo crucial luego del papelón de la Liga de las Naciones, un proyecto al que desde luego adherían en mayor o menor medida todos los miembros del CFR. Habían fallado en generar el suficiente apoyo doméstico, y no estaban dispuestos a repetir el error.

El consenso general entre los miembros del CFR era que Estados Unidos debía ocupar un rol dominante en la política global como herederos naturales del Imperio Británico. Según Theodore Roosevelt, a quien el CFR tenía en altísima estima, "*we have no choice,* we people of the United States, as to whether or not we shall play a great part in the world". La cuestión pasaba sólo por convencer a los propios norteamericanos de su propio Destino Manifiesto. Estados Unidos "no tenía opción" más que ser protagonista.

Pero además de "orientar al público", el CFR buscaba influir continuamente sobre los funcionarios, que eran invitados a cenar, opinar y a escuchar el consejo de expertos de todas partes del mundo. Desde 1921 a

1938, todos los secretarios de estado dieron un discurso en al menos una sesión del Council on Foreign Relations. Estaban muy lejos de ser sólo millonarios con demasiado tiempo libre. Había un plan. El método era este: el CFR formaba grupos de estudio dedicados a investigar sobre alguna región del mundo que fuera de interés particular (Latinoamérica, el Sudeste Asiático, Europa). Una vez concluida la investigación, grupos de discusión se ponían de acuerdo entre sí acerca de qué plan de acción sería recomendable sugerir a los oficiales del gobierno, de manera formal o informal. El diálogo entre el CFR y las agencias del gobierno era permanente.

Ahora bien, durante la década del '20 y del '30 hubo una contradicción entre los intereses de la mayoría de los norteamericanos: estaban aquellos que querían retornar al aislacionismo de Washington, y quienes pedían un papel protagónico de la nación en el mundo y una política internacional expansionista. En Foreign Affairs se discutía en términos globales. Por supuesto, el énfasis en la expansión política iba de la mano de la expansión económica. La idea era que para sostener la economía doméstica era imprescindible expandirla abriendo nuevos mercados, cosa que de hecho forma parte de la muy válida crítica marxista al capitalismo: "La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta a otra del planeta. Por todas partes anida, por todas partes construye, por doquier establece relaciones."[39]

El debate, por lo tanto, se dio entre los expansionistas y los partidarios de la auto-suficiencia. La pregunta era si Estados Unidos podía crear una economía auto-suficiente y aislarse por completo de los problemas internacionales, comerciando con quienes quisieran comerciar y respetando el derecho de quienes no. O, en cambio, si era preferible y necesario involucrarse.

Charles A. Beard apoyó la autosuficiencia en su libro *The Open Door at Home*, en el que derribaba el supuesto mito de que Estados Unidos producía más de lo que podía consumir obligando a exportar el excedente. Por el contrario, aseguraba que a través de la administración inteligente todo lo producido podía destinarse al consumo interno y así elevar el nivel de vida de todos los americanos. El gobierno federal se encargaría de regular la economía y evitaría que la nación se enredara política y comercialmente con otras partes del mundo.

El CFR representaba a quienes estaban en la vereda opuesta. En un artículo sobre la Depresión publicado por Foreign Affairs en 1932, Edwin

Gay arremetió contra la autosuficiencia, considerando semejante plan como empobrecedor y ridículo. Según Gay, toda la economía norteamericana estaba ligada al comercio internacional, y cualquier ruptura en esa cadena sería un desastre para el país. La Guerra había determinado las responsabilidades políticas de los Estados Unidos (“we have no choice”) y la Gran Depresión había determinado su interdependencia respecto al resto de las naciones. “[The USA] cannot be a hermit nation”. Cada vez que nuestros liberales hablan de la imposibilidad de la auto-suficiencia, están repitiendo sin saber el discurso de la oligarquía financiera de Nueva York. Eso es buena propaganda.

El objetivo principal del CFR en ese momento era influir en el recientemente electo Franklin Roosevelt, “guiándolo” hacia una política exterior internacionalista de la cual no estaba muy enamorado. Luego discusiones, publicaciones y deliberaciones, el CFR recomendó a Roosevelt en 1934 abandonar cualquier noción de autosuficiencia, incluso la autosuficiencia parcial, y promover en cambio las exportaciones y el comercio internacional para combatir la depresión. Las restricciones a la circulación de bienes debían mantenerse al mínimo posible. Roosevelt, a pesar de su plan inicial “nacionalista”, terminó aceptando el consejo, demostrando por primera vez la gran influencia del CFR en los asuntos de gobierno. Fue durante la administración Roosevelt que el vínculo entre el CFR y el gobierno se volvió particularmente estrecho.

Durante y después de la Segunda Guerra Mundial, el objetivo del CFR fue la creación de un imperio económico global alrededor de los Estados Unidos, lo cual fue debidamente comunicado al Departamento de Estado, uno de los organismos estatales que dependían de su constante consejo. Este período es muy importante porque consolidó definitivamente el rol fundamental del CFR en la elaboración de la política exterior norteamericana hacia el futuro. Apenas iniciada la guerra, el CFR dio inicio a un proyecto masivo llamado The War and Peace Studies, a través del cual, en continua conferencia con los funcionarios del Departamento de Estado, buscó influir directamente en la política exterior a seguir durante y especialmente después de la guerra. Los involucrados, naturalmente, provenían del mismo lugar de siempre: periodismo, academia, oligarquía financiera y funcionarios del gobierno.

Los miembros del War and Peace Studies habían concluido que el imperio económico de los Estados Unidos debía necesariamente incluir no sólo al hemisferio occidental sino también al Pacífico Sur (fuente esencial de

materias primas), formando lo que llamaron “the Grand Area”: el paso previo a un imperio económico mundial. La guerra con Japón, que tenía sus propios planes expansionistas en el Pacífico, que también dependía de la importación de materias primas, y que no pensaba subordinarse a los Estados Unidos, era prácticamente inevitable. Pearl Harbor, de hecho, les hizo las cosas mucho más fáciles, porque les dio la excusa perfecta para declarar la guerra, algo que ya estaba en sus planes desde hacía un tiempo: “… it was in the national interest of the United States to check a Japanese advance into Southeast Asia…”.

Detengámonos un poco en todo este asunto del “interés nacional”. La principal falacia de este argumento es que en una sociedad, especialmente en una sociedad liberal, moderna e individualista, un mismo interés atraviesa todas las clases sociales. Recuerden el intento progresista de querer concebir a la sociedad como un organismo en el que todas las partes trabajan por el bien común, algo que por cierto viene por lo menos desde Platón. Lo cierto es que cada sector tiene sus deseos particulares. La clase trabajadora piensa más en lo doméstico: salarios, reformas laborales favorables, seguridad y estabilidad, etc.; mientras que la clase capitalista piensa en sostener el sistema que más la beneficia haciendo la menor cantidad de ajustes posible, y en este caso la expansión de la economía ayudaba a compensar los desequilibrios internos, contribuyendo a mantener un sistema de precios inviable en una economía cerrada.

El CFR tuvo que convencer a los americanos de que el interés económico de la oligarquía financiera de Nueva York coincidía con el interés nacional, por lo que la guerra fue vendida en esos términos. Se determinó de antemano cuáles eran los requerimientos de la economía en términos de materia prima y qué regiones del mundo había que controlar directa o indirectamente para satisfacerlas, aun a través de la intervención militar; y a partir de allí se construyó el relato de hacer del mundo un lugar seguro para la democracia. Antes, durante y después del Movimiento Progresista, supuestamente dispuesto a terminar con este tipo de injusticias, los capitalistas hicieron exactamente lo mismo: definir el concepto de “interés nacional” en términos del propio.

Y así arrancaba la máquina de propaganda del CFR a fomentar desde 1940 un posible conflicto bélico en el Pacífico, proponiendo desde sanciones económicas hasta asistencia militar a los enemigos de Japón, todo en el nombre del bienestar de los norteamericanos y, por supuesto, del “mundo

libre”. En pocas palabras, las medidas de imperialismo económico que el CFR propuso y el gobierno adoptó, incluyendo la profanación del concepto de interés nacional, llevaron directa y necesariamente a la guerra con Japón y Alemania.

Luego de la guerra, el plan consistió en integrar la “Gran Area”, compuesta por naciones de todo tipo y nivel de desarrollo, y convertirla en un mercado único y estable. Para esto había que crear nuevas instituciones financieras: las primeras fueron el International Monetary Fund y el International Bank For Reconstruction and Development (World Bank), cuyo propósito primario era dar un “empujón financiero” a las naciones menos desarrolladas y lograr así la estabilización económica necesaria para el funcionamiento de una economía transnacional. Para construir un mercado mundial había que invertir en infraestructura. Por otra parte, el CFR creía que la depresión económica que le seguiría a la guerra podría dar lugar al surgimiento de nuevas dictaduras nacionalistas en todo el mundo, lo cual hacía más urgente la reconstrucción económica.

Con esto en mente, en una conferencia que tuvo lugar en 1944 en Bretton Woods, New Hampshire, fueron inauguradas las nuevas instituciones financieras que tendrían como propósito darle cierta homogeneidad al imperio económico de los Estados Unidos. Si se han preguntado por qué el liberalismo es destructor de culturas y naciones, es exactamente por su tendencia homogeneizadora. Como dice Alain de Benoist, para que el mercado funcione correctamente no debe haber nada que obstruya la libre circulación de bienes y personas. Las fronteras deben ser tratadas como inexistentes, lo cual lleva a la disolución de valores y estructuras comunes.

La ONU, por otra parte, fue creada con el fin de ejercer dominio político sobre el resto de las naciones pero de manera insidiosa, imperceptible, sutil; camuflada bajo la legitimidad de un organismo internacional evitando “formas convencionales de imperialismo” que levantaran sospechas en el resto de las naciones. El CFR tuvo un rol central en la creación de todas estas instituciones, y, aunque la Carta Orgánica de las Naciones Unidas sufrió algunas modificaciones sugeridas por otros países, la esencia y gran parte del producto final se basaron en conclusiones a las que el gobierno de los Estados Unidos, aconsejado por el CFR y otros organismos como el Federal Council of Churches[40], ya había llegado mucho tiempo antes. De hecho, está basada en postulados teológicos que se pueden rastrear hasta la Edad Media, siendo el liberalismo transnacionalista ni más ni menos que el más reciente de los

numerosos intentos por parte del cristianismo de crear un imperio global.

Luego de la Guerra, la idea del CFR fue contener la expansión de la Unión Soviética reconstruyendo y estabilizando la economía europea de manera que pudiera integrarse en el corto plazo a una economía global dominada por los Estados Unidos. En 1946, uno de los grupos del CFR, comandado por el abogado Charles Spofford y por David Rockefeller, propuso la reconstrucción de Europa Occidental. Al año siguiente, se rebautizó al grupo "Marshall Plan". El CFR se expandió por esta época, y fue constituyéndose en el más prestigioso formador de funcionarios de gobierno en materia de política exterior. Se multiplicaron los ingresos, los grupos de estudio, y se reforzaron los lazos formales e informales con el State Department y otras agencias. El CFR se convirtió poco a poco en el centro de una red de influencia y formación de opinión.

En 1952, Dwight Eisenhower, miembro del CFR y miembro de la junta editorial de la revista *Foreign Affairs* fue elegido Presidente de los Estados Unidos, lo cual afianzó todavía más la influencia del grupo en las decisiones del gobierno. El “interés nacional” que había servido para vender la guerra contra Japón y Alemania fue redefinido esta vez para vender el anti-comunismo y justificar otra intervención norteamericana en Asia y otras partes del mundo.

Una persona muy importante a la que el CFR formó y sobre cuya vida ejerció una influencia inmensa fue Henry Kissinger; quien, según sus propias palabras, le debe al grupo sus conexiones, prestigio y trayectoria en la política. El CFR jugó un papel central en las decisiones del gobierno respecto la revolución en Vietnam. La pregunta de los autores de *Imperial Brain Trust, libro en el que me he basado principalmente al escribir este capítulo,* es: ¿qué justificó el envío de medio millón de tropas, la muerte de 56 mil, los 300 mil heridos, y la inversión de 150 mil millones de dólares? Recuerden que el CFR, que representaba entre otros a la oligarquía financiera de Nueva York, operaba con la máscara del “interés nacional”.

¿Qué podían querer los americanos como pueblo – los peluqueros, los estudiantes, las empleadas domésticas, los músicos – en Vietnam? Desde un principio, el ciudadano común tenía muy poco interés en el sudeste asiático, por lo que el CFR a través de su influencia en los formadores de opinión pública tuvo que “guiar” a la gente hacia la verdad. Primero, entre 1940 y 1963, la estrategia fue convencer a los formadores de opinión acerca de la importancia económica (por ser una gran fuente de materias primas) y

estratégica (por ser una especie de "puerta" entre el Océano Pacífico y el Océano Índico) del sudeste asiático para los intereses de la nación. Luego, en 1964 y con el éxito de la revolución comunista, fue necesario convencerlos de que había que intervenir militarmente para mantener el dominio de la región; es decir, había que asistir al gobierno vietnamita en la defensa de su independencia en contra de la invasión comunista. Entre 1964 y 1968 el plan fue influir en la opinión pública con el fin de mantener el apoyo doméstico a la intervención militar. Finalmente, a partir de 1968 y con la inevitable pérdida de la guerra, la crisis de confianza dentro y fuera del país que amenazaba el prestigio de los Estados Unidos obligó al CFR a cambiar su enfoque, sugiriendo una transición desde el militarismo hacia una política mucho más inclinada hacia el liberalismo transnacionalista a partir de la década de 1980.

Luego del fiasco en Vietnam, el CFR y toda la denominada *foreign policy community* comenzaron a trabajar en una reevaluación de todo el sistema político y económico global con el fin de pensar en un nuevo plan de acción. El 1980s Project tenía como objetivo diagramar un nuevo orden internacional para reemplazar aquel formulado durante la Segunda Guerra Mundial que ya no podía responder a ciertos cambios en la configuración mundial; es decir, el declive del poder norteamericano luego de Vietnam, las rebeliones en el Tercer Mundo, la expansión comunista, los avances científicos y tecnológicos, la proliferación de nuevos estados, etc.

En la década del '70 comenzaban a demarcarse dos tendencias mayoritarias y contradictorias en materia de política internacional. La primera era la corriente "realista" basada en el balance de poder, que ponía énfasis en las soberanías nacionales y en un orden internacional militarmente equilibrado, aunque siempre buscando torcer el equilibrio en favor de los Estados Unidos. Henry Kissinger, cuyas andanzas describió en detalle el gran Christopher Hitchens[41], adhería a esta tendencia en retroceso. La segunda era el ya mencionado transnacionalismo o liberalismo internacional, que se estaba volviendo cada día más popular. Consideraba que la era del estado-nación estaba llegando a su fin y que era tiempo de organizar al mundo, muy de a poco, en una gran federación económica de comunidades interdependientes cuyos centros principales serían las naciones del "mundo trilateral" compuesto por Estados Unidos, Europa Occidental y Japón. Este era el modelo preferido de, entre otros, David Rockefeller. Imposible no pensar en *Federation of the World*, de Benjamin Trueblood.

Preparar al mundo para esta nueva etapa implicaba un enorme esfuerzo propagandístico. En un memo escrito en 1975 el CFR lo dijo literalmente: el Proyecto requeriría la modificación del comportamiento de todos los actores relevantes en la comunidad internacional**:** individuos, gobiernos, agencias dentro del gobierno, elites, corporaciones, grupos de interés y otras organizaciones a nivel sub y supranacional. El fin último del CFR era influir en el pensamiento y la acción de las personas a escala mundial.

Ahora bien, en este capítulo hemos hecho lo posible para resumir la historia del Council on Foreign Relations, delineando sus políticas concretas de la manera más sucinta posible pero sin dejar de remarcar la esencia de su *modus operandi*. En el CFR tenemos el nodo central de una red propagandística que a lo largo de su historia ha ido ejerciendo influencia sobre la opinión pública y sobre los funcionarios de gobierno, muchos de los cuales han sido sus propios miembros, en favor de la adopción de una política exterior acorde a los intereses de la oligarquía financiera. La estrategia del CFR siempre ha sido el establecimiento de un imperio económico muy en concordancia con la dualidad *wilsoniana* del libre comercio y la democracia global, ya expresada por Trueblood en 1899 e inspirada en la misión cristiana de llevar el evangelio a todo el planeta.

En lo que respecta a su influencia directa e indirecta en las decisiones gubernamentales, hemos visto el rol fundamental del CFR en los mayores acontecimientos de la historia norteamericana y global: el abandono del aislacionismo de los Estados Unidos; su entrada a la Segunda Guerra Mundial; la reconstrucción de Europa y la estabilización económica del tercer mundo a través de organismos financieros como el IMF y el World Bank; la propaganda anti-soviética en Estados Unidos y en todo Occidente con el fin de contener el avance de la URSS; el papelón en el Sudeste Asiático, la “puerta” entre dos océanos y una gran fuente de materia prima; el replanteamiento en favor del liberalismo transnacionalista y una economía global unificada. En todo este recorrido el Council on Foreign Relations tuvo un papel preponderante como uno de los principales asesores del Departamendo de Estado de los Estados Unidos.

En cuanto a la opinión pública, el CFR se concentró en ejercer su influencia sobre los formadores de opinión (*public enlightenment*) con el fin de definir y redefinir el concepto de “interés nacional” para ajustarlo a los intereses de un único sector: aquel representado por sus propios miembros y allegados. Lo importante de saber esto es que lo que se decide en la mesa

chica del CFR, la Comisión Trilateral o el Club Bilderberg, tiene un impacto directo o indirecto sobre nuestro día a día. Por eso es necesario conocer a estos “arquitectos del mundo.”

LA CATEDRAL

El problema de nuestra élite requiere ser abordado desde diversos ángulos. Como el estudio de cualquier sociedad es el estudio de su clase gobernante (porque toda sociedad *es* la sociedad de su clase gobernante, como decía James Burnham), cada una, a su vez, tiene un carácter complejo y multifacético: espiritual, político, económico, filosófico, etc. Debemos entenderla no sólo deteniéndonos en cada una de sus aristas por separado, sino también en el todo que éstas conforman.

Ahora toca abordar un poco su lado propagandístico. Volveremos al libro *Imperial Brain Trust* para detenernos en un último capítulo. Recordemos que el propósito del Council on Foreign Relations, representante de los intereses de la oligarquía financiera de Nueva York, era contribuir a la creación de un imperio económico global dominado por los Estados Unidos. Su proceder consistía en el aprovechamiento de su propio prestigio como institución para influir tanto en los funcionarios del gobierno como en el público en general a través de los formadores de opinión. Esto último se conocía como *public enlightenment*. No puedo dejar de remarcar lo siniestro del término.

Sobre los funcionarios del gobierno el CFR influía tanto a través de la prestigiosa revista Foreign Affairs como de sus grupos de estudio y de discusión, los cuales mantenían diálogo continuo, formal e informal, con agencias del estado como el State Department o la CIA. Muchos hasta eran funcionarios y miembros del Council en simultáneo, como el presidente Eisenhower. De a poco el CFR se fue transformando en una especie de escuela de diplomáticos y burócratas. Henry Kissinger es el ejemplo más sobresaliente, pero no el único. En la administración Kennedy, por ejemplo, el 51% de los funcionarios más importantes en materia de política exterior eran miembros del CFR.

En cuanto a la opinión pública, el CFR se concentraba en influir sobre los formadores de opinión, quienes luego moldeaban la perspectiva del público en general. Uno de sus grandes logros, recordemos, fue el de igualar el interés nacional con el de la aristocracia del dinero. Un joven soldado creía que era enviado al Pacífico a pelear por su nación y por la libertad, cuando en realidad estaba protegiendo las fuentes de materia prima de la oligarquía

industrial y financiera en el sudeste asiático – recursos amenazados por la expansión japonesa. Claro que vender películas de Hollywood basadas en esa versión de los hechos habría sido un poco más complicado.

El CFR se convirtió en el centro de una red de contactos que unía a todos los involucrados en la elaboración de política exterior, tanto dentro como fuera del gobierno. Básicamente, a medida que el grupo fue creciendo en prestigio, cada uno de sus miembros lo fue utilizando como "palanca" para encontrar trabajo, ya sea en el gobierno como en la academia o los negocios. El grupo, a su vez, se beneficiaba al ubicar a sus miembros en puestos importantes. De este modo se formó y se solidificó una comunidad: *the foreign policy community*.

La influencia del CFR en los medios de comunicación era notable. En el New York Times, por ejemplo, tres de diez directores de la New York Times Company y cinco de sus nueve ejecutivos editoriales eran miembros del CFR en el año 1972. En el caso del Washington Post, uno de sus cinco ejecutivos editoriales y cuatro de sus nueve directores eran miembros del CFR, también en el mismo año. La revista Newsweek, por ejemplo, fue fundada, entre otros, por un miembro del CFR. Su rival, la revista Time, fue fundada por Henry Luce, miembro del CFR durante treinta años. En ambas revistas, al menos la mitad de sus directores eran miembros del CFR en el año 1972.

El caso de las cadenas de televisión y radio es similar: siete directores de la CBS eran miembros del CFR. NBC: dos de los directores de su compañía madre (RCA) eran miembros del CFR. En el caso de las revistas de política exterior, *Foreign Affairs* es la autoridad indiscutida, aunque también existe *Foreign Policy*, su rival, también fundada por miembros del CFR y de una visión similar sobre la política exterior.

En cuanto a las NGOs, veamos: el Carnegie Endowment for International Peace, The World Peace Foundation, the Woodrow Wilson Foundation (8 de los 22 directores del CFR fueron a su vez fideicomisarios de esta fundación, lo cual muestra una conexión importante entre el *wilsonianismo* y el CFR, para sorpresa de nadie), el Center for Inter-American Relations, el Atlantic Council, la Asia Society (fundada por John D. Rockefeller III, miembro del CFR), el Council for Latin America, y una larga lista de etcéteras. Todas estas organizaciones tuvieron estrechos vínculos con prominentes miembros del Council on Foreign Relations.

Con las universidades sucede lo mismo: una gran correlación entre los miembros y directores del CFR y las grandes universidades del noreste:

Harvard, Yale, Princeton, Brown, Columbia, y demás miembros de “the Ivy League” – todas formadoras de nuevos miembros de la clase gobernante.

En cuanto a las fundaciones como la Ford Foundation, la Rockefeller Foundation y la Carnegie Corporation, bueno, esas merecen su propio análisis y quizás su propio libro. Pero por ahora unos pocos números del año 1971, según *Imperial Brain Trust*:

- Rockefeller Foundation: 14 de 19 de sus administradores eran miembros del CFR.
- Carnegie Corporation: 10 de 17.
- Ford Foundation: 7 de 16.
- Rockefeller Brothers Fund (parece que con una sola fundación Rockefeller no alcanza): 6 de 11.

Los autores además nos señalan la estrecha relación entre el CFR y otro grupo – el famoso grupo Bilderberg: al momento de publicarse el libro, 71% de los representantes de los Estados Unidos en el grupo Bilderberg eran miembros del CFR. Acá es donde entran todas las teorías conspirativas sobre los reptilianos y los Illuminati y las sectas de demonios chupasangre, pero no vamos a entrar en eso. Como bien lo definen Shoup y Minter, el grupo Bilderberg es ni más ni menos que un club que organiza reuniones en las que la oligarquía internacional se junta para intercambiar ideas de manera informal acerca de la situación internacional. Es escalofriante con o sin *shapeshifters*.

La historia del Council on Foreign Relations es muy interesante porque nos muestra el desarrollo de un organismo creado por la élite para un propósito determinado. Ahora bien, el CFR es sólo una parte de la red de contactos de la clase gobernante, siendo una más entre tantas organizaciones que ponen en contacto a personas con intereses similares.

Recordemos el proceso de consolidación de nuestra élite: primero capturó el Partido Demócrata en 1896, luego capturó Washington con Wilson, se consolidó con Franklin Roosevelt y finalmente “conquistó el mundo” en 1945.

Esta élite heredó el sistema de gobierno de los Estados Unidos, y por lo tanto sólo pudo manejarse dentro de los límites permitidos por la constitución norteamericana[42]. Todos los gobiernos tienen que operar dentro de lo permitido por su fórmula política, por el simple hecho de que una clase gobernante es una ínfima minoría que sólo puede dirigir a una mayoría a través de alguna especie de “hechizo de obediencia” que no puede darse el

lujo de romper de un día para el otro. Por eso cuando una élite quiere imponer algo nuevo, por ejemplo el abandono del aislacionismo en favor de una posición dominante en la política internacional, como fue el caso de los Estados Unidos, debe hacerlo de a poco: a través de la propaganda y la influencia sobre los funcionarios del gobierno y sobre la opinión pública.

Claro que la política exterior es sólo una de las áreas de interés de la clase gobernante. Existen cientos o miles de organizaciones análogas al CFR dedicadas a diversos temas, varias de las cuales mencionamos más arriba. Recordemos que el proyecto de nuestra élite es exhaustivo; cubre todos los aspectos de la vida humana. Su fin es crear una especie de burbuja tecnocrática que sirva para mantenernos en el camino de la salvación, y por eso le interesa todo: lo que ingerimos, lo que decimos, lo que vestimos, lo que escuchamos. Por supuesto, la transición desde lo religioso hacia lo secular siguiendo los mismos lineamientos es natural: hoy el pecado es el racismo, la homofobia, la xenofobia. Por eso están tan preocupados en evitar que los jóvenes se “radicalicen” en internet y les importa tanto que consumamos noticias a través de los “medios autorizados”. Esto, por cierto, es parte de la tradición calvinista: el hombre es una criatura vil y corrupta que necesita vigilancia permanente, o hará lo posible por poner en riesgo su salvación ante la primera oportunidad. Para asegurarse de que se mantenga en el buen camino, hay que determinar y supervisar todas sus actividades.

Ahora bien, habiendo heredado la élite una estructura de gobierno y una fórmula política, y viéndose obligada a gobernar necesariamente a través de ella, es natural que intente adaptarla a sus propósitos mediante la propaganda. Aquí es donde llegamos a lo que Curtis Yarvin (o Mencius Moldbug) llama The Cathedral. En su texto más famoso Moldbug define a la Catedral como “las instituciones que producen y propagan la Sinopsis”[43] o “la narrativa oficial”. Tomando la definición de Moldbug y agregándole un poco de lo que hemos venido analizando para tener una especie de definición en castellano, yo definiría a la Catedral como un gigantesco aparato de propaganda, compuesto por diversas instituciones públicas y privadas, que legitima, expande y propaga una fórmula política**.** Estas instituciones son las agencias del gobierno, las corporaciones, las ONGs, los medios de comunicación y las universidades e instituciones educativas en general.

Moldbug destaca la capacidad de la Catedral de operar de manera descentralizada. Todas las instituciones que la componen parecen ponerse espontáneamente de acuerdo en todo:

> “Sin un coordinador central, la Catedral puede capturar los recursos y poderes del Estado. Puede crear teorías de gobierno, que puede incorporar a la Sinopsis y a las cuales el Estado debe obedecer.”

Por supuesto, todo lo que la Catedral incorpora a la fórmula política, necesariamente implica una legitimación de la autoridad de la clase gobernante y de la Catedral misma como única autorizada para crear teorías y políticas públicas. Por lo tanto, según Moldbug, el poder real está en manos de los intelectuales y los periodistas gracias a su influencia sobre la opinión pública. Yo diría que sí, pero agregaría algo: el poder real está en la minoría gobernante, a la cual pertenecen los intelectuales y los periodistas que a su vez son financiados por otros sectores de la clase gobernante, como los Rockefeller o los Gates. Así como el Council on Foreign Relations es el centro de una red de contactos dentro del sector de la clase gobernante interesado en la política exterior, la clase gobernante en sí misma es una red de ayuda mutua cuyos miembros se apoyan entre sí para sostener su dominio.

Lo atractivo de este orden de cosas para los intelectuales y periodistas es sencillo: son los grandes desfavorecidos en una economía de mercado. Son malos para ganar dinero; no son aptos para trabajos “normales” porque tienen pocas habilidades sociales o manuales; o simplemente porque no pueden sostenerlos en el tiempo. Se aburren, quizás. Es lógico, por lo tanto, que busquen insertarse en el Estado, donde pueden hacer lo que de verdad les interesa y con cierta libertad. Ahora bien, dado que es a la clase gobernante a la que le deben su sustento, tienen que hacer lo posible desde su posición para producir teorías que justifiquen y legitimen su superioridad. Esta ha sido la relación histórica entre el poder y los intelectuales. En *Nemesis*, C.A. Bond nos dice que “los pensadores, conscientemente o no, han audicionado y continúan audicionando para ser elegidos y ascendidos por actores dentro de la estructura de poder que, necesitados de su apoyo intelectual, los han convocado y elevado hacia la prominencia”[44]. En pocas palabras, el poder y los intelectuales se necesitan entre sí, y es lógico que se presten apoyo mutuo.

Algo muy importante a la hora de entender el concepto de la Catedral de Mencius Moldbug y todo lo que hemos estado desarrollando, es que no sólo nos gobierna “el gobierno”, sino toda una clase gobernante compuesta por instituciones públicas y privadas. Tomemos a Harvard y el New York Times, por ejemplo. En teoría, son instituciones privadas. Sin embargo, todo lo que producen es, directa o indirectamente, favorable al dominio de la clase

gobernante. Sus opiniones son “independientes” e “imparciales”, y sin embargo van siempre en la misma dirección: la “expansión de la democracia”, que en realidad es la expansión de la hegemonía de la élite a través del agrandamiento de su aparato burocrático. Esto está muy bien ilustrado en la paradoja del poder, de Adam Katz: para que haya derechos, un agente lo suficientemente grande se debe ocupar de hacer que se cumplan. Más derechos descubrimos, reconocemos y pretendemos hacer cumplir, más poderoso deberá ser este agente, que en el mundo moderno es generalmente el estado – que “expande los derechos” por medio de la implementación de políticas públicas.

Todos los organismos de la Catedral, públicos como el State Department o privados como Facebook, se mueven en un mismo sentido y con un mismo propósito: mantener a su clase en el poder. Ahora bien, al no ser la Catedral un organismo centralizado – recordemos que Estados Unidos y su imperio occidental es una gran democracia y en una democracia el gobierno no puede bajo ningún concepto controlar los medios de comunicación – quizás no es tan efectivo como en el caso de China, donde el Partido Comunista tiene control absoluto de la información. Sin embargo, es posible que la clase gobernante gane en legitimidad lo que pierde en efectividad, al ver su obrar justificado por instituciones supuestamente privadas e independientes. En resumen, la élite obtiene todos o casi todos los beneficios de un aparato de propaganda oficial sin de hecho *tener* un aparato de propaganda oficial. Pero nosotros somos más inteligentes y nos damos cuenta: Harvard y el New York Times son, de facto, agencias del gobierno de los Estados Unidos y de la élite transnacional**.** China, en cambio, no tiene una Catedral en el sentido occidental. No la necesita. No tiene que esconder nada porque así lo permite su constitución.

Ahora bien, cuándo nació la Catedral es difícil de responder. Si seguimos el razonamiento de Mencius Moldbug, que dice que ser liberal en 1858 o en 2008 es ser un acólito de la Catedral, podemos deducir que ésta se fue desarrollando en paralelo con el liberalismo inglés durante los siglos 17, 18 y 19, cuando la desregulación y el laissez faire eran la mejor arma contra la aristocracia terrateniente. Una vez desaparecida, a principios del Siglo XX, y con los liberales en el poder en Inglaterra y en Estados Unidos, la nueva clase gobernante pudo dedicarse a hacer lo opuesto a lo que había propuesto cincuenta años antes: centralizar y regular. Es la clásica táctica desde los orígenes del cristianismo: cuando están afuera quieren libertad de expresión y

libertad de acción; cuando están adentro quieren control.

Yo no estoy en desacuerdo con su análisis, aunque creo poder ser un poco más preciso. Si nos guiamos por lo que hemos venido diciendo, la Catedral tal cual la entendemos hoy nació durante la Primera Guerra Mundial en los Estados Unidos, cuando el Movimiento Progresista, ya habiendo llegado a Washington a través del Partido Demócrata, convocó a todos los americanos a unirse al gobierno en el esfuerzo de guerra. Por supuesto la élite progresista no nació en ese momento, sino que era heredera intelectual de los puritanos de la Bahía de Massachusetts, que a su vez eran herederos del puritanismo inglés, que a su vez se inspiraba en Génova, etc. Lo que sucedió durante la Guerra no fue el nacimiento de una élite sino su maduración y consolidación en el poder a nivel nacional y más allá. Fue allí cuando nació el mega-aparato de propaganda que conocemos como la Catedral.

Como hemos visto, la Catedral fue utilizada para centralizar el poder a través de la regulación de todas las actividades humanas. A su vez, había un plan para el mundo: "liberarlo" de las arcaicas autocracias en favor de la democracia y el libre comercio, las dos caras del imperialismo tutelar wilsoniano. Si pensamos en la Catedral como en la creadora y diseminadora de un corpus teórico derivado de la fórmula política fundamental – que bien puede ser la democracia, o la búsqueda de la felicidad, o la libertad – es sencillo encontrar un hilo conductor entre las políticas públicas de la elite en 1920 y en 2020. Basta nomás con fijarse en el término *liberal*, que en Estados Unidos significa progresista o hasta socialista y acá significa "liberal clásico" o lo que en el norte se conoce como *libertarian*. Moldbug lo aclara muy rápido: el término nunca cambió. El término *liberal* siempre significó lo mismo: partidario de la clase gobernante Whig, tanto en 1850 como en 1950 o 2050. Lo que cambió es el programa; son los "liberales clásicos" quienes no se han puesto al día.

La estrategia de la clase gobernante siempre ha sido la misma de cualquier élite: perpetuarse en el poder. Las tácticas, si bien han ido siempre en la misma dirección, han ido adaptándose a los cambios sociales que la propia élite fue provocando, proponiendo soluciones a problemas que ella misma causó; es decir, intentando solucionar la dislocación social propia de cualquier proceso centralizador en el que las autoridades sociales se erosionan y desaparecen bajo la presión del individuo por un lado y del estado por el otro.

Piensen en las mujeres, en los trabajadores, en los niños, en los

afroamericanos y demás minorías étnicas, en las familias, en las comunidades, en las naciones, en los adolescentes y los jóvenes. Piensen si están mejor ahora que hace cien años. Si su respuesta es sí, creen que la élite ha estado haciendo un buen trabajo. Si, en cambio, creen que están peor, estás más cerca de lo que pienso yo. A ver – no es que la élite gobernante *quiera* destruir el tejido social, aunque haya algunos individuos puntuales que sí[45]. Simplemente es el daño colateral propio del proceso de centralización del poder. De hecho, le sirve: mientras más grande es la dislocación social, más trabajo hay para el estado: más burócratas, más oficinas, más políticas públicas, más expertos, más derechos por descubrir. Es un *win-win*. Como bien dijo Mencius Moldbug:

> "… todos los principios de los Whigs, aún aquellos que parecen austeros y nobles, son consistentes con el objetivo de obtener el poder. De hecho, el Whig está más preocupado por su propio poder que por el estado de la sociedad. Preferiría gobernar en el Infierno que servir en el Cielo, y transformará cualquier cielo en un infierno para conseguirlo. Y sin embargo es sincero en su Whiggismo, lo que lo hace aún más peligroso."[46]

Mencius Moldbug formó su idea de la Catedral hace más de diez años. En ese momento la Catedral era la misma de hoy, aunque desde entonces han ido cobrando importancia otros actores muy importantes: las megacorporaciones de redes sociales como Facebook, Google, Amazon y Twitter, entre otras. Creo que no es para nada descabellado decir que hoy son el arma más poderosa de la Catedral. Su función esencial es la misma que la de cualquier otro organismo de propaganda: contribuir a la perpetuación del dominio de la élite. Y la forma en la que lo hacen es la misma que cualquier medio de comunicación: la influencia sobre la opinión pública. La diferencia es que ahora pueden hacerlo en una escala sin precedentes, y además recopilar datos sobre los usuarios de internet para luego utilizarlos "en contra" de ellos mismos a la hora de moldear sus opiniones.

La Catedral, vale aclarar, también existe en nuestro país. Todos los principales medios de comunicación, las grandes empresas, las instituciones educativas, ONGs como Amnistía Internacional e incluso agencias del gobierno como el INADI y el gobierno nacional mismo; todas estas instituciones pertenecen a la Catedral. Recordemos que desde hace varias

décadas la Catedral excede a los Estados Unidos. Hoy es una entidad supranacional independiente de cualquier estado-nación. Lo importante es entender que nuestra élite gobernante nacional es parte de la élite gobernante supranacional, a la cual responde y para la cual trabaja, más allá de lo que diga la Constitución Nacional. El gobierno argentino es un intermediario facilitador de la agenda extranjera; y por gobierno argentino me refiero tanto al oficial (instituciones públicas) y al extraoficial (instituciones privadas).

Yo creo que se puede entender todo esto sin entrar en los nombres propios. La nación se mueve en un único sentido, que a su vez es el mismo de todo Occidente: la expansión de la ideología de los derechos humanos, la democracia, la libre circulación de bienes y personas, etc. Da igual quién es el presidente o quiénes son los ministros. De hecho, concentrarse en los partidos y en los funcionarios puntuales no hace más que confundir y agrandar diferencias que en términos amplios son insignificantes. En las cosas importantes – lo que viene de "arriba" – toda la clase gobernante está de acuerdo.

Es fácil darse cuenta. Todos los principales diarios, aún en veredas ideológicas "opuestas", están en sintonía en lo que respecta a los derechos LGBT, los derechos de las mujeres, el anti-racismo y el cambio climático. Si de verdad existiera una diversidad de opiniones, veríamos diferentes puntos de vista. Pero no – todos están "on the same page". Con las instituciones educativas el caso es similar. Todas las universidades, públicas o privadas, comparten una misma perspectiva Whig del mundo; aún aquellas que son confesionales. ¿Y los políticos? Lo mismo. Se sacan los ojos por cualquier cosa, pero hay temas en los que no discrepan ni un poco: la agenda de la comunidad internacional. Al contrario, se auto-proclaman como sus mayores defensores y acusan a sus rivales de oportunistas; de no ser "sinceros" en su respeto por los derechos humanos o la tolerancia.

Por ejemplo, en Junio de 2016 el terrorista islámico Omar Mateen mató a 49 personas en una disco gay en Florida, en lo que se conoce como "the Pulse Nightclub Shooting". Trump, por supuesto, lo usó para su campaña presidencial: él era el verdadero protector de la comunidad LGBT porque iba a combatir el ingreso a los Estados Unidos de una ideología homofóbica como el Islam; a diferencia del Partido Demócrata, que iba a abrirle las puertas a gente que en su país de origen arroja homosexuales de los edificios[47]. También vale la pena recordar que la administración Trump declaró en 2019 que haría un esfuerzo por despenalizar la homosexualidad en

todo el mundo[48]. Como ven, se puede sacar a los norteamericanos de Norteamérica, pero no se puede sacar a Norteamérica de los norteamericanos. La clase gobernante transnacional, aun cuando muchos de sus miembros se odien entre sí, es una sola y tiene una única ideología. Las discrepancias son por detalles y por el poder.

DE BRYAN A STALIN

Una teoría bastante común entre los liberales “clásicos” es que antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, grupos de intelectuales marxistas se infiltraron poco a poco en las instituciones “occidentales y cristianas”. Una vez adentro, subvirtieron el orden social ejecutando ataques sistemáticos a la religión, la familia tradicional, los roles de género, la heterosexualidad, la raza blanca, entre otros. Esto es lo que se conoce como “marxismo cultural”.

El concepto, al no ser obra de un único autor, es bastante heterogéneo. El término marxismo cultural se usa con diversos fines, y las conjeturas sobre su origen son de lo más variadas: algunos ponen énfasis en la New Left y Herbert Marcuse y la Escuela de Frankfurt; otros señalan a Antonio Gramsci; otros lo atribuyen a operaciones de agentes de la Unión Soviética; algunos, como Jordan Peterson y Stephen Hicks[49], a los intelectuales posmodernos como Derrida y su teoría de la deconstrucción; o alguna particular combinación de todos los anteriores.

Sin embargo, hay algo que todos esos bosquejos tienen en común: Estados Unidos, y en general la cultura occidental a la que representa, han estado siendo atacados por una fuerza ajena que pretende destruirla. Ese es el punto clave: los liberales clásicos han atribuido la causa del deterioro occidental a un factor exógeno; una especie de “virus ideológico”.

Y aun cuando han reconocido la naturaleza doméstica del problema, la han interpretado como una perversión de los principios liberales; quizás un desafortunado accidente o acaso la malicia de “resentidos” que odian la prosperidad de la cultura occidental. Recuerdo un fragmento de *Righteous Indignation*, de Andrew Breitbart, en el que el autor se refiere a los intelectuales de la Escuela de Frankfurt como amargados que usaban traje aún bajo el cálido sol de California, y que sentían un gran desprecio por la cultura que los había acogido.

Sea como sea, para quienes aún creen en los principios fundacionales del liberalismo, el desastre social occidental nunca se debe a la propia dinámica de la ideología liberal según indicaban Marx y Engels, al afirmar que “Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las

relaciones feudales, patriarcales, idílicas"; y que "La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales"[50]. El liberalismo, al buscar la expansión indefinida del mercado; al promover la libre circulación de bienes y personas, tiende a disolver los lazos comunitarios locales en favor de una cultura global única.

Al contrario, los *believers* del liberalismo dicen que los principios liberales no sólo no erosionan, sino que sostienen y promueven los valores tradicionales de los ataques de amenazas externas como el marxismo o el Islam. Además, creen que, eliminado el marxismo cultural, la cultura occidental volverá a ser lo que fue. Por eso hace falta educar a las personas de acuerdo a los valores liberales del respeto a la vida, libertad y propiedad[51] y así volver a Occidente a su curso natural del progreso – el *verdadero* progreso.

En los capítulos anteriores hemos visto que el Movimiento Progresista fue bien americano, bien occidental y bien cristiano. Ahora veamos qué tan exógenos han sido el socialismo y el marxismo en Estados Unidos. Hay un excelente libro que trata el tema de manera bien minuciosa: *The Roots of American Communism, de* Theodor Draper. No ahondaremos demasiado por cuestiones de espacio, pero sí es importante entender lo básico. Los primeros marxistas en los Estados Unidos fueron alemanes que inmigraron luego de la fallida revolución de 1848; y la Primera Internacional tuvo su primera sede en el país en 1869. La siguiente y mayor oleada de inmigrantes alemanes (en los '70 y '80) tenía menos que ver con Marx y estaba más inspirada en Ferdinand Lasalle, fundador de la socialdemocracia alemana. Lasalle pensaba que la única vía hacia la revolución era la asistencia estatal a través de la acción política.

La primera división ocurrió entre los lasallianos y los marxistas: estos no querían involucrarse en la política y preferían hacer sindicalismo; aquellos no querían sindicalismo, mas sí hacer política, y formaron el Social Democratic Party of North America en 1874 y el Socialist Labor Party of North America en 1877. Por otra parte, The American Federation of Labor nació en 1886 y estaba integrada únicamente por sindicalistas no-socialistas. Además, una facción extremista se desprendió del Socialist Labor Party y fundó el Revolutionary Socialist Party en 1881. Estos últimos, junto a los anarquistas de la línea Bakunin, muy popular por aquellos días, se juntaron y formaron su propia movida en 1883.

Pocos años antes, en 1869, se había fundado la organización secreta Knights of Labor, que se dedicaba a organizar huelgas y boicots clandestinamente en una sociedad norteamericana en la que la situación de los trabajadores iba de mala a abominable, como ya hemos visto en capítulos anteriores. A su vez, en 1887 se publicó *Looking Backward*: una novela utópica que tuvo muchísimo éxito y de hecho era más compatible con los idealistas cristianos nativos que la teoría de la lucha de clases de Marx, aunque algunos de los que empezaron con Bellamy terminaron siendo marxistas. En la historia, el protagonista se despierta en el año 2000 y encuentra un mundo de perfecta virtud en el que el Estado, luego de haber confiscado todo el capital privado, administra la economía en base a la igualdad y la cooperación. La novela creó su propio "movimiento": los Bellamyites. El movimiento Cristiano Socialista, por su parte, nació en la década de 1880; como dice el autor, algunos pensadores protestantes peleaban contra el pecado encarnado en el capitalismo y buscaban la salvación a través del socialismo. Para los que han estado prestando atención esto no es ninguna sorpresa.

En resumen, las ideas socialistas estaban presentes en los Estados Unidos décadas antes del comienzo del Siglo XX. Desperdigadas, indefinidas, integradas dentro de diversos sistemas de pensamiento, pero existían como parte de un sentimiento generalizado de utopismo cristiano y descontento hacia el sistema capitalista. El socialismo es un fenómeno tan americano como cualquier otro. Aunque el marxismo, una secta cristiana entre tantas fundada por el pensador cristiano más influyente del Siglo XIX en adelante, haya llegado en los barcos con los inmigrantes alemanes, se acopló perfectamente al carácter de los norteamericanos, que pronto engendraron a sus propios socialistas.

El primer gran socialista que emergió de esa sopa primordial fue el teórico marxista Daniel de Leon, que tomó el control del Socialist Labor Party en 1890. Hasta su muerte en 1914 y la aparición de Lenin, sería el principal referente del socialismo norteamericano. Otra figura importante fue Eugene Victor Debs, que formó su propio partido en 1898: el Social Democratic Party. Debs eventualmente se uniría con Morris Hillquit[52] en contra de Daniel de Leon y juntos formarían el Socialist Party of America en 1901, que integraba a marxistas, cristianos socialistas, millonarios idealistas, intelectuales, inmigrantes, entre otros.

Durante la primera década del Siglo XX, sin embargo, el movimiento más

importante en el socialismo norteamericano fue el sindicalismo. Varios elementos del socialismo se combinaron en 1905 para formar el Industrial Workers of the World (IWW). Entre ellos, de Leon, Debs y William Haywood, de la Western Federation of Miners. Sin embargo, la unión no duraría mucho: la vieja disputa acerca cómo hacer socialismo no había terminado. Eventualmente por desacuerdos Debs y de Leon, cada uno por su parte, se irían del IWW – pasando éste a tomar un carácter marcadamente anarco-sindicalista. Era un movimiento en plena ebullición, pero así estaba más o menos la situación en la izquierda norteamericana antes de la Primera Guerra Mundial: disputas ideológicas entre los socialistas y los sindicalistas.

La izquierda revolucionaria, sin embargo, era una parte minoritaria en un contexto mayor de descontento, en el que el progresismo (urbano y de clase media) y el populismo (de pequeños y medianos granjeros) eran las principales tendencias entre los “anticapitalistas”. Estas eran ideas puramente americanas, a diferencia del socialismo marxista, que en principio fue traído de Europa. De todos modos, todos coincidían lo suficientemente como para integrar un único movimiento masivo y más bien poco definido en contra de los grandes capitales y a favor del control centralizado de la economía y la vida: el Movimiento Progresista.

La primera generación de comunistas puros en Estados Unidos (nacidos en los ’80) tuvo su origen en el populismo (William Z. Foster, uno de los principales, tituló su autobiografía *From Bryan to Stalin*[53]), mientras que los comunistas de la siguiente década fueron hijos del Movimiento Progresista. A partir de la Revolución Rusa, el Comunismo norteamericano seguiría su propio camino, saliendo del amplio y bastante indefinido progresismo para consolidarse en un movimiento con vida propia y más precisamente como representante e incluso herramienta de la Revolución Rusa y el gobierno soviético en Norteamérica[54]. De hecho, fue títere a tal punto que, mientras duró el pacto de no agresión entre Hitler y Stalin, pedían que Estados Unidos no se metiera en la Segunda Guerra Mundial ni enviara asistencia al Reino Unido para ayudarlo en su “guerra imperialista”. Ahora bien, cuando Alemania invadió a la Unión Soviética en 1941, de un día para el otro el discurso se revirtió: había que involucrarse y defender la libertad y la democracia. El Comunismo americano obedecía sólo al Kremlin, y moldeaba su mensaje a partir de lo que recibía de Moscú.

El motivo de este amor por la Unión Soviética por parte de los intelectuales progresistas pasaba por ver en el “Gran Experimento” ruso la

realización de sus aspiraciones tecnocráticas. De repente los intelectuales progresistas se encontraron con que en un país al otro lado del mundo se estaba construyendo efectivamente el Reino de Dios en la Tierra que, esperaban, fuera también el futuro de los Estados Unidos eventualmente. Por eso criticarlo era mal visto, y constituía motivo de expulsión de la “sociedad intelectual”. Aun aquellos que habían dejado de ser comunistas – los “desilusionados” – callaban por miedo al ostracismo.

De a poco, el fervor stalinista se fue infiltrando en diversos campos:

> “Nuestro propio American Popular Front […] penetró, con diversa intensidad, en el movimiento laborista, la educación, las iglesias, movimientos juveniles universitarios y no universitarios, el teatro, las películas, las artes, las editoriales; llegó hasta lo profundo del gobierno Federal y en el caso de muchas comunidades también en los gobiernos municipales […] En su punto más alto – alrededor de 1938 – la increíble revolución de la Década Roja había movilizado tanto a los sensatos como a los idealistas, y la colaboración inocente de miles de influyentes educadores, trabajadores sociales, clérigos, oficiales del New Deal, líderes de movimientos juveniles, activistas raciales negros, miembros del Social Register, novelistas, estrellas de Hollywood, guionistas y directores, líderes sindicales y hombres y mujeres de gran riqueza.”[55]

En pocas palabras, lo que hubo mientras duró la ilusión fue una especie de “iglesia stalinista”; un “estado dentro del estado” de los que han existido siempre en el mundo cristiano. Primero, el “estado paralelo” de los primeros cristianos dentro del imperio romano; más adelante, el formado por aquellos que se sometían a la autoridad papal antes que a las autoridades seculares; luego, quienes obedecían a sus presbíteros o líderes sectarios por encima del rey. No hay motivos para no pensar que esa secta de comunismo soviético no haya sido una más de las tantas sectas puritanas que han plagado la anglósfera.

La diferencia, en este caso, era que esta secta formaba parte de un movimiento más amplio y que se movía en la misma dirección: la expansión del aparato burocrático; la creación del Reino de Dios en la Tierra. Una vez disuelta, se volvió a incorporar al ecosistema del cual provino, que como ya hemos visto era mucho más viejo que el comunismo soviético. El

progresismo era lo que se llama un *umbrella term*: una forma amplia de denominar a diversos grupos que compartían una cierta inconformidad acerca de la sociedad, la economía y la política de los Estados Unidos. En la derecha hoy hay desde liberales hasta nacionalistas, y en un extremo hasta neonazis y fascistas de toda índole, e incluso neopaganos y ateos y todo tipo de personajes. El progresismo era algo parecido: iba desde el progresista "conservador" Theodore Roosevelt hasta los marxistas y anarquistas. Así también fue el caso de los parlamentaristas durante la Guerra Civil Inglesa: había desde monarquistas constitucionales hasta protocomunistas como los Diggers. Hoy el mismo movimiento engloba a los demócratas de centro y a los socialistas de Bernie Sanders. El partido puritano siempre tuvo sus moderados y sus radicales.

En resumen, el comunismo en Estados Unidos fue y es un fenómeno americano, integrante del Movimiento Progresista, que abarcaba tanto a progresistas más conservadores y decididamente anticomunistas como a extremistas pro-soviéticos como John Reed o Lincoln Steffens, conocido por su famosa frase "he visto el futuro, y funciona", pronunciada luego de su viaje a Moscú en 1919.

Lo que se haya desarrollado dentro del país en las décadas posteriores: feminismo, activismo negro, ecologismo, o lo que venga, provino de la misma fuente del Movimiento Progresista puritano y de los vestigios del stalinismo americano. Como dice Moldbug, basta con reemplazar "proletarios" por "negros e hispanos". Por otra parte, quienes se incorporaron después, como los intelectuales de la Escuela de Frankfurt y otros europeos como Foucault, fueron bien recibidos y se adaptaron muy bien a un ecosistema ideológico que ya contenía a la *intelligentsia* y la clase gobernante; y que tenía una identidad muy propia, muy arraigada y muy americana.

La sociedad norteamericana, y en cierta medida la nuestra, que intenta ser su copia, es una sociedad en un estado de revolución permanente; en constante ebullición. Por un lado, crece volviéndose contra sí misma alimentándose de sus propios héroes. Los pioneros del progreso de ayer son los villanos de hoy: los americanos le construyeron una estatua a Robert E. Lee sólo para tirarla cien años después[56]. Clásicos de ayer como *To Kill a Mockingbird* o *Huckleberry Finn*, vanguardistas en su momento, son hoy censurados o hasta prohibidos por su racismo[57]. La *sitcom Friends*, serie socialmente vanguardista en los '90, es castigada hoy por retrógrada[58]. Ni

los Founding Fathers se salvan de no estar a la altura de los tiempos que corren[59]. Por supuesto, así como hoy "caen" las estatuas de Jefferson, en su momento tiraron las del Rey de Inglaterra para erigirlas[60]. Esta es una costumbre muy, muy americana. No llegó en ningún barco europeo – además del Mayflower, claro.

Por otra parte, tenemos la naturaleza cristiana utópica de los americanos, encarnada perfectamente en el Movimiento Progresista: ese postmilenarismo tecnocrático que busca, por un lado, salvar las almas de los norteamericanos alejándolos del pecado, que bien puede tener la forma de una botella de alcohol o de un libro o película "problemática"; y por el otro, pretende aprovechar los avances tecnológicos para construir el reino de Dios en la Tierra o, según Marcuse, separar la tecnología del modo de producción capitalista y darle un nuevo propósito: hacer más amena la existencia humana. Es la misma teología subyacente.

Además, tenemos la propia dinámica de la ideología liberal, que en su camino a la liberación total del individuo destruye valores, tradiciones, territorios, costumbres, autoridades sociales y todo tipo de lazos ancestrales, como bien lo describen Marx y Engels y como bien lo analiza Alain de Benoist en su crítica a la ideología liberal.

Por último, sí, existe un elemento marxista en esta ecuación, pero cualquier marxista puede sentirse a gusto en la sociedad norteamericana, históricamente anti-anti-comunista. No vamos a negar que algunos marxistas o incluso el marxismo como movimiento en los Estados Unidos haya jugado su parte en la degradación general de la cultura occidental y norteamericana particularmente. Sin embargo, atribuirle toda la responsabilidad es simplemente erróneo. El marxismo, aunque relevante, ha jugado un papel de reparto en lo que respecta a una sociedad cuya principal característica es la revolución incesante.

Hablar de marxismo cultural implica una severa ignorancia acerca de la verdadera naturaleza de la sociedad occidental. Intenta atribuirle a algo externo y extraño algo que es propio de la dinámica histórica de este hemisferio, y en particular de los Estados Unidos, en lo que constituye una vieja táctica propagandística de la Guerra Fría. Se nota particularmente cuando se habla de "defender la sociedad occidental del marxismo", como si el marxismo no fuera un fenómeno occidental y perteneciera al otro hemisferio; al "hemisferio Soviético". Cosa que, por otra parte, es absurda si tenemos en cuenta que la CIA hizo cosas como financiar el arte moderno,

utilizando obras del expresionismo abstracto de Jackson Pollock o Mark Rothko como armas en contra de Rusia. Durante esta guerra propagandística, este arte nuevo podía ser usado como prueba de la creatividad, la libertad intelectual, y el poder cultural de los Estados Unidos contra el cual la Unión Soviética no podría competir. Básicamente, pasado el enamoramiento de los comunistas norteamericanos con Stalin, se buscó demostrar que la URSS no estaba "haciendo comunismo correctamente[61]"; algo sobre lo que escribió Marcuse en *Soviet Marxism*, una crítica al comunismo soviético basado en su trabajo ni más ni menos que en la Office of Strategic Services (predecesora de la CIA) y el State Department. El "padre de la Nueva Izquierda", aparentemente.

Como bien dice Aleksandr Dugin, el "marxismo cultural" es Primera Teoría Política[62]. O sea, es liberalismo. Disfrazado de retórica roja, pero es liberalismo. De hecho, es el liberalismo en su más natural desarrollo. Liberalismo en general – con su individualismo y su sistema de organización social alrededor de un mercado, con todo lo que eso conlleva – y liberalismo norteamericano en específico – utópico, puritano, idealista y revolucionario. Buscar culpables afuera es algo propio de conservadores que no comprenden en profundidad la sociedad en la que habitan y a la que aseguran querer rescatar. Como dijo Moldbug, "America has only one problem: America is a communist country."[63]

BIBLIOGRAFÍA Y LINKS

Bellamy, Edward. *Looking Backward 2000-1887.*
Benoist, Alain de. *A Critique of Liberal Ideology*. Fragmento de Critiques-Théoriques. Traducido al inglés por Greg Johnson.
Bond, C.A. Nemesis: *The Jouvenelian vs. The Liberal Model of Human Orders.*
Breitbart, Andrew. *Righteous Indignation: Excuse me While I Save the World!*
Brooke, Stopford. *The Development of Theology as Illustrated in English Poetry from 1780 to 1830.*
Burnham, James. *The Machiavellians: Defenders of Freedom.*
Butler, Nicholas Murray. *A World in Ferment: Interpretations of the War for a New World.*
Churchill, Winston S. *A History of the English Speaking Peoples. Vol. II: The New World.*
Codevilla, Angelo M. *The Ruling Class: How they Corrupted America and What We Can Do About It.*
D'Costa, Krystal. *The History behind the King George III Statue Meme.* https://blogs.scientificamerican.com/anthropology-in-practice/the-history-behind-the-king-george-iii-statue-meme/#:~:text=In%201776%20following%20a%20reading,statue%20of%20I
Doyle, Phyllis. *A History of Political Thought.*
Draper, Theodor. *The Roots of American Communism*.
Dugin, Alexander. *The Fourth Political Theory.*
Duncan-Clark, S.J. *The Progressive Movement: Its Principles and its Programme*.
Fisher, Sydney. *The True History of the American Revolution.*
Foster, Michael B. & McChesney Sait, Edward eds. *Masters of Political Thought. Vol. I: from Plato to Machiavelli.*
Gandarilla, Julio Cesar. *Contra el yanqui: Obra de protesta contra la Enmienda Platt y contra la absorción y el maquiavelismo norteamericano.*

Guardian, The. *Confederate statue to be removed from Virginia's Monument Avenue.* https://www.theguardian.com/us-news/2020/jun/04/virginia-governor-confederate-statue-removal-robert-e-lee
Hayes, Carlton J. H. *A Political and Social History of Modern Europe.*
Henry, Michel. *Marx.*
Hitchens, Christopher. *The Trial of Henry Kissinger*.
Hobbes, Thomas. *Behemoth.*
Hume, David. *The History of England from the Invasion of Julius Caesar to the Abdication of James The Second.*
Johnson, Paul. *Modern Times.*
Jouvenel, Bertrand de. *On Power: Its Nature and the History of Its Growth.*
Kelley, Sergei. *Founding Fathers under attack: Students demand Thomas Jefferson statue removal.* https://www.campusreform.org/?ID=12043
Kleppner, Paul. *The Cross of Culture: A Social Analysis of Midwestern Politics: 1850-1900*.
Kojeve, Alexander. *Marx es Dios, y Ford su Profeta.*
Lawson, Leonard Axel. *The Relation of British Policy to the Declaration of the Monroe Doctrine.*
Lederman, Josh. *The Trump administration launches global effort to end criminalization of homosexuality*.
https://www.nbcnews.com/politics/national-security/trump-administration-launches-global-effort-end-criminalization-homosexuality-n973081
Lewis, Sophie. *The coronavirus crisis shows it's time to abolish the family.* https://www.opendemocracy.net/en/oureconomy/coronavirus-crisis-shows-its-time-abolish-family/
Lyons, Eugene. *The Red Decade: the Stalinist Penetration of America.*
Macaulay, Thomas Babington. *History of England from the Accession of James II.*
Marx, Karl & Engels, Friedrich. *Manifiesto del Partido Comunista. 1848.* https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm
McFetridge, N. S. *Calvinism in History*.
Michels, Robert. *Los Partidos Políticos.*
Moldbug, Mencius. *A Gentle Introduction to Unqualified Reservations.* https://www.unqualified-reservations.org/2009/01/gentle-introduction-to-unqualified/
Moldbug, Mencius. *An Open Letter to Open-Minded Progressives.* https://www.unqualified-reservations.org/2008/04/open-letter-to-open-

minded-progressives/
Moldbug, Mencius. *The Democrats: Party of Lies.* https://www.unqualified-reservations.org/2007/05/democrats-party-of-lies/
Moldbug, Mencius. *How Dawkins got Pwned.* https://www.unqualified-reservations.org/2007/09/how-dawkins-got-pwned-part-1/
Moldbug, Mencius. *The Kiss: "Stalin was feeling extremely gay".*https://www.unqualified-reservations.org/2012/01/kiss-stalin-was-feeling-extremely-gay/
Moldbug, Mencius. *Universalism: Postwar Progressivism as a Christian Sect.* https://www.unqualified-reservations.org/2007/07/universalism-postwar-progressivism-as/
Monsma, John Clover. *What Calvinism has done for America.*
Mosca, Gaetano. *The Ruling Class (Elementi di Scienza Politica).*
Nolde, Frederick. *Christian World Action: The Christian Citizen Builds for Tomorrow.*
Pereyra, Carlos. *El Mito de Monroe.*
Polanyi, Karl. *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of our Time.*
Rothbard, Murray. *The Progressive Era.*
Sampathkumar, Mythili. *Minnesota school district removes To Kill a Mockingbird and Adventures of Huckleberry Finn over use of racial slurs.* https://www.independent.co.uk/schools-us-ban-books-kill-mockingbird-huckleberry-finn-minnestota-district-racial-slurs-a8201416.html
Stonor Saunders, Frances. *Modern art was CIA 'weapon'.* https://www.independent.co.uk/news/world/modern-art-was-cia-weapon-1578808.html
Scott, Eugene. *Trump's response to the Pulse shooting in 2016 gave false hope about his LGBT agenda.* https://www.washingtonpost.com/politics/2019/06/12/trumps-response-pulse-shooting-gave-false-hope-about-his-lgbt-agenda/
Scott, James Brown ed. *La Política Exterior de los Estados Unidos Basada en Declaraciones de Presidentes y Secretarios de Estado de los Estados Unidos y de Publicistas Americanos.*
Shoup, Laurence & Minter, William. *Imperial Brain Trust: The Council on Foreign Relations and United States Foreign Policy.*
Southern, Lauren. *Aleksandr Dugin on Millennials, Modernity and Religion.* https://www.youtube.com/watch?v=sl2--OHvxK4&t=3013s

Spengler, Oswald. *La Decadencia de Occidente*.
Stow, Katie. *'FRIENDS' Is Being Slammed For Its Problematic Content, And It Pains Us to Say We Agree*. https://www.elle.com.au/culture/friends-sexist-homophobic-fat-shame-19177
Strong, J. Selden. *The Essential Calvinism.*
Trueblood, Benjamin. *The Federation of the World*.
Winthrop, John. *City upon a hill*. 1630.
Yinger, J. Milton. *Religion in the Struggle for Power: A Study in the Sociology of Religion.*
Zweig, Stefan. *The Right to Heresy*.

---

[1] https://unqualified-reservations.org

[2] Ver *Behemoth*, de Thomas Hobbes.

[3] Ver Thomas Babington Macaulay. *History of England from the Accession of James II. Vol. I*.

[4] En esa época el Parlamento todavía no era autónomo. El rey lo convocaba y disolvía según su propio criterio.

[5] Winston Churchill. *A History of the English Speaking Peoples. Vol. II: The New World*.

[6] Earl of Strafford era el título nobiliario de Thomas Wentworth.

[7] Este plan se conoce como *Thorough*.

[8] Ver *The History Of The Origins, Progress And Termination Of The American War*.

[9] Ver *The Right to Heresy*, de Stefan Zweig.

[10] Al final fueron pocos los ejecutados; Charles quería paz y no venganza. Lambert fue condenado a muerte pero luego perdonado. Sir Henry Vane the Younger, que décadas antes había robado la carta del despacho de su padre con el fin de acusar a Strafford de querer usar su ejército irlandés para subyugar a Inglaterra, fue acusado de traición y decapitado. Sin embargo, los ánimos hervían, y hubo un agregado: los cuerpos de Cromwell, Ireton y Bradshaw fueron desenterrados, exhibidos en público y luego descartados.

[11] Ver *The Development of Theology*, de Stopford A. Brooke.

[12] McFetridge, N. S. *Calvinism in History*.

[13] Ver *La Decadencia de Occidente*.

[14] Spengler agrega "El alma de toda cultura viva es religiosa, tiene religión, con conciencia de ello o sin ella. Su religión *es* el sentimiento de su propia existencia […] No tiene libertad para optar por la irreligión. Sólo puede […] jugar con la idea de irreligión. En cambio el hombre de las metrópolis es irreligioso; lo es por esencia; la irreligión caracteriza su forma histórica. Podrá sentir el dolor del vacío y de la penuria interiores y querer ser religioso; mas no podrá serlo. Toda religiosidad urbana es ilusión." Lo más fascinante de estas palabras es lo que uno puede deducir de ellas: que hoy los únicos "cristianos verdaderos" son los ateos; es decir, quienes son coherentes con su tiempo histórico; mientras que los cristianos "tradicionales" sólo simulan algo que son incapaces de sentir.

[15] Para saber más acerca de cómo la pluralidad de interpretaciones de la Biblia impacta sobre la

gobernabilidad, ver *Behemoth*, de Thomas Hobbes.

[16]Strong, J. Selden. *The Essential Calvinism*.

[17]Foster, Michael B. & McChesney Sait, Edward eds. *Masters of Political Thought*. Vol. I: *from Plato to Machiavelli*.

[18]https://en.wikipedia.org/wiki/Postmillennialism#:~:text=In%20Christian%20end%2Dtimes%20t

[19]Sydney Fisher llamaba a Boston "the hot-bed of sedition". Ver *The True History of the American Revolution*.

[20]https://www.unqualified-reservations.org/2009/01/gentle-introduction-to-unqualified/

[21]Aun en inferioridad de condiciones respecto de su predecesor, Clinton estuvo muy cerca de ganar la guerra.

[22]James Otis Jr., uno de los pioneros de la rebelión.

[23]Thomas Hutchinson, gobernador de Massachusetts.

[24]La Revolución.

[25]Oliver llamaba *Black Regiment* a los clérigos disidentes que alentaban a la población de Boston a levantarse en contra del gobierno. Uno de ellos, de nombre Jonathan Mayhew, dio un sermón tan incendiario y sedicioso el día anterior a la destrucción de la casa del juez Hutchinson, que a duras penas pudo contener a la gente de echar manos a la obra inmediatamente. Han habido muchos similares desde entonces, y no van a terminarse: Martin Luther King, Malcolm X, Al Sharpton, las celebridades de Hollywood, los *woketivists*, los periodistas, etc.

[26]Peter Oliver. *Origin and Progress of the American Rebellion*.Traducción mía.

[27]Ver *Modern Times*, de Paul Johnson.

[28]https://www.unqualified-reservations.org/2009/03/gentle-introduction-to-unqualified/

[29]Para saber más acerca de esta forma de apelar al pueblo para obtener poder ver *Nemesis*, de C.A. Bond.

[30]Ver Rothbard, *The Progressive Era*.

[31]Ver *The Cross of Culture: A Social Analysis of Midwestern Politics: 1850-1900.*

[32]Ver *La Decadencia de Occidente*.

[33]Ver *La Gran Transformación*.

[34]Ver *Religion in the Struggle for Power*.

[35]Ver *El Mito de Monroe*.

[36]Ver *Contra el yanqui: Obra de protesta contra la Enmienda Platt y contra la absorción y el maquiavelismo norteamericano, de Julio César Gandarilla*.

[37]Scott, James Brown ed. *La Política Exterior de los Estados Unidos Basada en Declaraciones de Presidentes y Secretarios de Estado de los Estados Unidos y de Publicistas Americanos*.

[38]Laurence Shoup y William Minter. *Imperial Brain Trust: The Council on Foreign Relations and United States Foreign Policy*.

[39]Karl Marx y Friedrich Engels. *Manifiesto del Partido Comunista*.

[40]El FCC se reunió en 1941 en lo que se conoce como "the Malvern Conference". Allí presentaron un programa "super-protestante" para lograr una paz "justa y durable" al término de la Guerra. Algunos de los puntos incluían un gobierno mundial de delegados nacionales, el completo abandono del aislacionismo norteamericano, limitaciones a la soberanía nacional, control internacional de todos los ejércitos y marinas, un sistema universal de dinero, libertad de inmigración global, la eliminación progresiva de las restricciones al comercio mundial, entre otras medidas. Ver

http://content.time.com/time/magazine/article/0,9171,801396,00.html. Para saber más acerca de la Conferencia de Malvern y estas propuestas, recomiendo *Christian World Action*, de Frederick Nolde. Si encuentran diferencias importantes entre lo que dice este libro, cuyo objetivo es “estimular a la gente a pensar internacional y ecuménicamente”, y lo que diría un universalista, tienen mejor vista que yo.

[41]Kissinger, para quien un país no tenía derecho a volverse marxista sólo porque su pueblo fuera irresponsable, habría organizado el Golpe de Estado en Chile por orden de Nixon. La elección de Allende no cayó bien a Pepsi, al Chase Manhattan Bank, a ITT, ni a la CIA. Christopher Hitchens. *The Trial of Henry Kissinger*.

[42]Nótese que dije constitución y no Constitución.

[43]https://www.unqualified-reservations.org/2008/04/open-letter-to-open-minded-progressives/

[44]Bond, C.A. *Nemesis: The Jouvenelian vs. The Liberal Model of Human Orders*. Traducción mía.

[45]https://www.opendemocracy.net/en/oureconomy/coronavirus-crisis-shows-its-time-abolish-family/

[46]*An Open Letter to Open Minded Progressives*. Traducción mía.

[47]https://www.washingtonpost.com/politics/2019/06/12/trumps-response-pulse-shooting-gave-false-hope-about-his-lgbt-agenda/

[48]https://www.nbcnews.com/politics/national-security/trump-administration-launches-global-effort-end-criminalization-homosexuality-n973081

[49]Su libro *Explaining Postmodernism* vale la pena.

[50]Manifiesto Comunista.

[51]Hay liberales que se oponen al aborto por considerarlo una violación al derecho a la vida. Sin embargo, yo creo que no han entendido el argumento. El aborto es fundamentalmente la ruptura unilateral de un contrato entre dos individuos – el embrión y la madre. La muerte del primero es una *consecuencia* de la ruptura y no puede ser considerada una violación del derecho a la vida del embrión del mismo modo que dejar morir a alguien no es matarlo; ni matar a alguien que invade propiedad privada (en este caso, el cuerpo de la madre) es necesariamente ilegítimo. Claro que puede haber, en una sociedad liberal, legislación en contra del aborto, como pueden haber liberales “pro-vida”. Lo importante es entender que lo son *en contradicción con sus propios principios*.

[52]Político socialista y abogado de origen ruso (1869-1933).

[53]William Jennings Bryan, un político populista que “capturó” el Partido Demócrata en 1896 – el primer gran golpe del Movimiento Progresista en Estados Unidos. Ver capítulo III. Nótese además que fue el progresismo el que sirvió como “puerta” hacia el comunismo, que hasta ese momento era cosa de inmigrantes, para muchos jóvenes norteamericanos nativos.

[54]“‘It was the Russian Revolution-the Bolshevik Revolution of November 7, 1917 which created the American Communist movement,’ the American Communist leader, Charles E. Ruthenberg, proclaimed. ‘The Communist Party came into existence in the United States, as elsewhere, in response to the ferment caused in the Socialist parties by the Russian Revolution,’ he wrote on another occasion. And still later, he reiterated, ‘The movement which crystallized in the Communist Party had its origin and gained its inspiration from the proletarian revolution in Russia’. American Communism proudly represented the Bolshevik revolution in the United States”. *The Roots of American Communism*.

[55]Eugene Lyons, *The Red Decade*.

[56]https://www.theguardian.com/us-news/2020/jun/04/virginia-governor-confederate-statue-removal-robert-e-lee

[57]https://www.independent.co.uk/schools-us-ban-books-kill-mockingbird-huckleberry-finn-

minnestota-district-racial-slurs-a8201416.html

[58]https://www.elle.com.au/culture/friends-sexist-homophobic-fat-shame-19177

[59]https://www.campusreform.org/?ID=12043

[60]https://blogs.scientificamerican.com/anthropology-in-practice/the-history-behind-the-king-george-iii-statue-meme/#:~:text=In%201776%20following%20a%20reading,statue%20of%20King%20George%20III.

[61]https://www.independent.co.uk/news/world/modern-art-was-cia-weapon-1578808.html

[62]https://www.youtube.com/watch?v=sl2--OHvxK4&t=3013s

[63]https://www.unqualified-reservations.org/2012/01/kiss-stalin-was-feeling-extremely-gay/

ACERCA DEL AUTOR

Reaxionario

Twitter: @reaxionario
Patreon: patreon.com/reaxionario
Blog: reaxionario.wordpress.com

STQD (podcast en dupla con Leandro Ocón @oconalf)
Twitter: @STQDpodcast
Youtube: youtube.com/channel/UCdKFzyoMomnqp7oYQQT-bgA
Spotify: open.spotify.com/show/0BnTACRjplqvU3zmVNJ4ov?si